

13 Mayo 77  
19093

ADMINISTRACION  
LIRICO-DRAMÁTICA.

---

EL ANILLO  
DE FERNANDO IV,

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA,

---

SEGUNDA EDICION REFUNDIDA.

---

MADRID.  
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.  
1877.

1609



**EL ANILLO DE FERNANDO IV.**

Toiè Rodriguez

EL ARCA DE NOE

LIBRO PRIMERO

DE LA HISTORIA DE LA CREACION

DE LOS ANIMALES Y VEGETALES

DE LA TIERRA Y DEL CIELO

DE LA VIDA DE LOS HOMBRES

LIBRO SEGUNDO

DE LA HISTORIA DE LA CAIDA

DE ADAM

4V-5

# EL ANILLO DE FERNANDO IV.

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

FCR

D. AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de NOVEDADES el día 21  
de Abril de 1877 á beneficio del aplaudido primer actor D. JUAN CASAÑER.

---

SEGUNDA EDICION REFUNDIDA.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 16.

1877.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

MARCELA.....	SRTA. ABRIL.
DOÑA INÉS.....	SRA. GARCÍA.
ÚBEDA.....	SRES. CASAÑER.
FERNANDO IV.....	ESCANERO.
BENAVIDES.....	LIRON.
NUÑEZ.....	PASTRANA.
DON AMÍLCAR DE ARANZA.....	PARDIÑAS.
ÁLVAREZ.....	DELGADO.
HAMET-EL-ZEGRÍ.....	RODRIGUEZ.
DON MANUEL.....	LUCENA.
DON CRISTÓBAL.....	RIVERA.
PABLO.....	PEREZ.
UN CABALLERO.....	SERRANO.
UN PAJE.....	N. N.

Soldados, moros, cortesanos, guardias, labriegos, pueblo, etc.

La accion pasa en Valencia y Acuña. Año de 1512.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A MI MUY QUERIDO TIO Y PADRINO

EL SEÑOR

**DON LORENZO L. GARCÍA.**

*El Autor.*

Mayo de 1874.



---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Decoracion de selva.—Colina practicable en el fondo.—En los primeros términos de la derecha, tienda de campaña de perspectiva.—En el telon de fondo se ven casas que se suponen del inmediato pueblo de Acuña.

### ESCENA PRIMERA.

D. MANUEL. y D. CRISTÓBAL, en el proscenio.

- CRIST. En breve las diez serán;  
dentro de poco la caza  
se hallará cerca de Acuña,  
y es probable que el monarca  
busque alivio en esa tienda  
al calor de la jornada.
- MANUEL. Cita para ella le dieron  
á don Amilcar de Aranza.
- CRIST. Don Manuel, ¿aquí decís?  
Perdonad, pero me extraña  
que no le reciba el Rey  
en palacio, como cuadra  
á su esclarecida stirpe.  
Victorioso vuelve; España,  
en Sevilla contempló  
sus proezas esforzadas...
- MANUEL. ¿Qué quereis? ¡Este es el mundo!

CRIST. ¡Y así las deudas se pagan!

MANUEL. Pero creo, según dicen,  
que el Rey en esto se allana  
á seguir la voluntad  
de su ministro.

CRIST. Acertada  
juzgo tal suposición;  
bien sabemos que aquí manda  
don Beltran de Benavides  
tan sólo, y que el buen monarca,  
cual órdenes inviolables  
sus decisiones acata.

Mengua es ver la voz real  
de un súbdito tributaria!

MANUEL. ¡Pero miradle! Silencio,  
no olvideis que su privanza  
existe aún.

## ESCENA II.

DICHOS, BENAVIDES.

BENAV. Caballeros,  
sólo precedo al monarca  
por minutos.

MANUEL. Justamente  
de Vucelencia me hablaba  
don Cristóbal, admirando  
vuestras virtudes magnánimas.

BENAV. (Con desprecio.)  
Adivino yo á fé mía  
lo que sobre mí tratábais.

MANUEL. Culto á la verdad rendimos  
al decir...

BENAV. (Interrumpiéndole.) Don Manuel, basta.  
¡En el que es grande del reino  
la mentira es una infamia!  
Pero el Rey se acerca.

UJIER. El Rey!

CRIST. Mucho oído! (Á D. Manuel.)

MANUEL. (Á D. Cristóbal.) Y mucha calma!

ESCENA III.

DICHOS, el REY, CABALLEROS, PAJES y séquito numeroso  
con trajes de cazadores: por la derecha.

MANUEL. (Á D. Cristóbal.)  
(Habla con afán y ardor  
el Rey.)

BENAV. Observando la hostilidad con que le miran los cor-  
tesanos.)  
(Me miran severos.)

REY. Gran peligro, caballeros,  
corrió mi vida...

VARIOS. Señor!

REY. Era una límpida noche  
en que la luna rielaba  
lumbre letal, que plateaba  
dé la flor el ténue broche.  
Del sueño en vano la paz  
buscando sobre mi lecho,  
quiso del aura mi pecho  
gozar la dicha fugaz.  
En la capa me envolví;  
y con la faz encubierta,  
por una ignorada puerta  
de mi palacio salí.  
Dilatando con la esencia  
del campo el pulmon cansado,  
fuíme alejando extasiado  
de mi adormida Valencia.  
De pronto un hombre ante mí  
enclavando su mirada,  
sacó del cinto la espada  
y díjome altivo así:  
—«Largo tiempo há que te espío;  
sin duda el cielo mi dolo  
comprendiendo, hace que solo  
te encuentres al lado mio!  
Esa calma que te humilla  
trueca en noble frenesí!»  
Entonces le respondi:

—«Yo soy el Rey de Castilla!

—Deje atrás la régia valla  
al valor, y muera ó mate!

—Un rey tan sólo combate  
en los campos de batalla!

—Muralla haceis del coturno!

—Del rey la vida sagrada  
es mucho para arriesgada  
en un encuentro nocturno.

Á la sombra el desleal  
sus deslealtades fia:

la espada mata de dia,  
de noche mata el puñal!

Con el puñal, si es tu anhelo,  
asesíname, traidor,

más no esperes que el honor  
te haga de batirme en duelo.»

El hombre entónces de mí  
apartándose altanero  
dijo: «Es muy noble mi acero  
para que lo manche así!

Y al punto de mi presencia  
huyó con rápido afán,  
confuso de su desman  
quizás, ó de mi indulgencia.

Tan sólo una vez le ví,  
y sin embargo, á fé mia,  
su extraña fisonomía  
en la caza hallar creí.

Y esta sospecha infundada  
segun juzgo, á mi memoria  
trajo esta remota historia  
completamente ignorada.

(Con mucha ironía mirando á Benavides )

Todos lo ignoran, señores,  
todos, hasta Benavides,  
á pesar de sus ardidés  
para descubrir traidores.

BENAV. Perdóneme Vuestra Alteza,  
si cuando ocurrió el suceso,  
obrando con torpe seso  
paso abriera á mi certeza,

al decir: Señor, ayer  
vuestra vida venerada  
se vió un punto amenazada;  
debi, segun mi deber  
añadir: «de la existencia  
respondo de mi monarca;  
pero mi astucia no abarca  
(Bajando la voz.)  
á responder, ni mi ciencia,  
de la vida del amante  
que en un acceso de celos  
(Casi al oído del Rey.)  
provoca nocturnos duelos  
en el barrio más distante;  
del que deja su morada,  
desatendiendo mis quejas,  
para vigilar las rejas  
de la casa de su amada!»

MANUEL. (Qué lenguaje!

CRIST. Un atentado!

MANUEL. Merece perder la lengua.

CRIST. Ganará un honor!

MANUEL. Qué mengua!

CRIST. Privilegios del privado!  
(Óyese ruido de clarines fuera.)

REY. Ese toque...

BENAV. No os asombre.

REY. Quizás los de Aranza son...

BENAV. No; es una proclamacion  
que hace el pueblo á vuestro nombre  
en Acuña, previniendo  
al son de trompas altivas,  
que del ciento de cautivas  
que va el moro recogiendo,  
ya suministró Castilla  
de las cien, noventa y nueve;  
sólo la que falta debe  
proporcionarla esa villa.

CRIST. (Sin poderse contener.)

Cómo mi furor se exalta  
ante esa atroz impiedad!

BENAV. Don Cristóbal, recobrad

toda la calma que os falta.  
¿Olvidais que ese tratado,  
fruto de luchas políticas,  
y que circunstancias críticas  
de sobra han justificado,  
sólo promete al califa,  
de nuestras mujeres bellas,  
por quinquenio, cien doncellas  
que habrán de sortearse en rifa?  
¿No recordais, caballeros,  
que el infiel al reclamarlas  
nos juró que rescatarlas  
podremos por mil dineros?

PAJE. Ya don Amilcar de Aranza  
se acerca...

REY. Cumplid su afán.

CRIST. (Á D. Manuel.)  
(¿No observais que don Beltran  
más cada vez se afianza?)

#### ESCENA IV.

DICHOS, D. AMILCAR DE ARANZA, acompañado de un numeroso séquito de soldados armados, y ostentando estandartes sarracenos.

REY. (Recibiendo á D. Amilcar.)  
Oh! conde de Aranza, seais bien venido  
del Rey á los ojos que ufanos os ven.

(Mostrándole á su córte.)

Mirad al triunfante caudillo aguerrido,  
de honor es espejo, de gloria tambien!

AMILCAR. Oh! Rey! permitidme que aumente la gloria  
de vuestro reinado con nuevo esplendor,  
humilde ofreciéndoos de nuestra victoria  
los noble trofeos que obtuvo el valor!

(Toma de mano de los Soldados las banderas sarracenas y las coloca arrodillado á los pies del Rey.)

REY. (Levantándole.)  
Alzad, don Amilcar. Indómito Marte  
los bríos prestáraos del ínclito Cid.

(Á un caballero entregándole uno de los estandartes.)

Llebad á mi alcázar el régio estandarte  
que España del moro lograra en la lid.  
Pues quiero la hazaña de vuestra victoria  
por siempre á los siglos poder recordar,  
haciendo indeleble tambien la memoria  
del brazo caudillo en lides sin par.

AMILCAR. Mi vida y mi espada, señor, son de España ;  
su causa es mi causa, su voz es mi ley,  
que no es bien nacido, quien huye la hazaña  
que de él exijieran su patria ó su rey.

REY. Libró vuestro brazo indomable en la guerra  
del moro, á Castilla, cobarde y traidor,  
que hoy hunde su frente rabioso en la tierra<sup>4</sup>  
perdida llorando su hueste mejor.  
Mas otros peligros romper amenazan  
la efimera base del régio dosél;  
partidas de infielés sin fé despedazan  
al pueblo en Toledo con furia crüel.

AMILCAR. Señor, yo estoy pronto. La lucha traidora  
sabeis que á los hombres de prez no arredró,  
mas pidoos un dia; la córte no ignora  
que Inés en Valencia mi vuelta aguardó.

BENAV. En tanto os embargue la amante terneza,  
del moro se rindan tal vez al poder;  
Toledo es del Reino la altiva cabeza;  
vencerlo, ¡á Castilla tambien es vencer!

REY. Tomad, el de Aranza, ¡tomad esta espada,  
que en nombre del reino debeis esgrimir  
en esa comarca, que yace agobiada,  
en tanto no pueda vencer ó morir!

AMILCAR. Oh! Rey! vuestra espada; ya parto aunque  
(Recibiéndola.) muerá,  
pues premio tan alto logré que me deis;  
si vivo, á mi lado veréisla do quiera;  
si muero, en mi tumba tambien la hallareis!

BENAV. (Dándole un pergamino.)  
Aquí explicaciones despues cuidadosa  
verá vuestra mente; la marcha ordenad,  
que espera Toledo.

AMILCAR. (Al Rey.) Yo os dejo á mi esposa...

BENAV. Partid sin tardanza!  
AMILCAR. ¡Por ella velad!  
REY. Cumplir vuestro encargo solemne sabremos;  
(Dándole á besar su mano.)  
que Dios en las lides os guarde de mal!  
(Se oye una trompa de caza.)  
Señores, á caza, sin tregua montemos  
que ya de las trompas se oyó la señal.  
(Váse el Rey acompañado de su córte por el fondo.)

### ESCENA V.

D. AMILCAR, los soldados que le acompañan, y entre ellos  
UBEDA. D. Amilcar se adelanta al proscenio.

AMILCAR. Oh! sin verla partir! Verme forzado  
á evitar su presencia deseada!  
Del soldado jamás la dura suerte  
pareció á mi existencia tan amarga;  
tan penoso á mis ojos no hallé nunca  
los sacrificios que exigió la patria!  
(Viendo á Übeda.)  
Übeda!

UBEDA. Mi señor?

AMILCAR. Atento escucha:  
haz que ensillen mi potro de batalla,  
que en la orilla del bosque silencioso  
la rara ausencia de su dueño extraña;  
monta en él en seguida, que es más rápido  
y más fuerte que el tuyo; sin tardanza  
parte á Valencia y á mi esposa busca;  
dile en dónde me has visto, y ésta carta  
que escribiéndola estoy, pon en sus manos...  
Por el camino que á Toledo marcha  
me hallarás al volver.

UBEDA. Á vuestra esposa  
el billete daré, mas por desgracia  
no podré incorporarme á vuestro ejército.

AMILCAR. Expílicate mejor. ¿Dó está la causa  
que te impide tornar á mi presencia?

UBEDA. Cuando despues de la jornada aciaga,

en que Sevilla para siempre hundiera  
del feroz sarraceno la arrogancia,  
al traeros, señor, tres estandartes  
que de mi sangre á costa conquistára,  
me dijisteis: «En justa recompensa  
de tu valiosa, sin igual hazaña,  
¿qué quieres merecer, qué noble premio  
por tu cumplida intrepidez demandas?»  
Un mes de tregua, os respondí, tan sólo  
que pasaré en Acuña con mi hermana.  
Conociendo lo justo del deseo  
el favor me acordasteis que anhelaba.  
A media legua escasa de este bosque  
mi poblacion natal está situada,  
y en ella vive la sin par Marcela,  
rica en belleza y en virtudes raras.

AMILCAR. ¿Y si yo tus esfuerzos reclamase  
cual reclama los míos el monarca?  
¡Necio amor infantil! Cuando los ecos  
del guerrero clarín á todos llaman;  
cuando á su estruendo el alazan brioso  
relincha airado y con violencia piafa,  
¿es justo que los ínclitos soldados,  
en cuyo arrojó descansó la patria,  
ante la voz de la afeccion fraterna  
el fuego extingan que inflamó sus almas?

UBEDA. Mil veces mi existencia, don Amilcar,  
por alfanjes y dagas circundada,  
sin vacilar un punto os diera pruebas  
de ese valor que el patriotismo exalta.

AMILCAR. Concibo ahora tu interés extraño  
en volver hácia aquí con mi vanguardia.

UBEDA. Capitan, es la sola recompensa  
que espero por mi accion, la única gracia.  
No me priveis de verla tras un año  
de continuo lidiar, hoy que mi alma  
junto á la suya está.

AMILCAR. (Después de vacilar un instante.)

Quédate, Úbeda;  
mas ya que los destinos nos separan,  
á tí para tornar á tus hogares,  
y á mí para morir tal vez mañana,

antes de separarnos, este anillo  
que va á guardar en depósito fiáras  
á mi honor, ¿lo recuerdas? aquel dia  
que contempló de Peñafiel la hazaña,  
(Se lo da.)

debo darte otra vez. Quizás te sirva  
para ganar afectos del monarca.

UBEDA. De tu hermana vé en pos; no te lo impido.  
Oh! Cuánta gratitud mi pecho os guarda.  
(Váse Úbeda por la izquierda.)

## ESCENA VI.

DON AMILCAR, BENAVIDES por la derecha, SOLDADOS.

BENAV. Don Amilcar, las tropas numerosas  
que os han de acompañar, prestas se hallan.  
De Valencia al salir, nuevos refuerzos  
se os unirán tambien.

AMILCAR. Mucho me agrada,  
don Beltran, vuestro celo; parto al punto,  
ávido de lanzarme á la batalla;  
asegurad al Rey de las Castillas,  
que Toledo por mí será librada  
del azote que sufre; pues mi pecho  
ageno al vil temor que apoca el alma,  
una tumba hallará sobre sus ruinas  
si del moro no logra rescatarla!

(Sale D. Amilcar acompañado de sus tropas. La  
música entona la marcha militar que tocó á la en-  
trada de D. Amilcar de Aranza.)

## ESCENA VII.

BENAVIDES, DOS SOLDADOS.

BENAV. (Á uno de los soldados.)  
Llevad á doña Inés este mensaje  
de parte de su Rey; vos sin tardanza  
(Al otro.)  
con presteza buscad luégo á don Álvarez.  
(Vánse ambos.)

He obtenido, por fin, cuanto anhelaba!  
Doña Inés, sin defensa, entre mis brazos,  
dominará por fuerza su arrogancia;  
y esta noche en el baile, si el destino  
secunda mis risueñas esperanzas,  
la dicha lograré que constituye  
el deseo de amor que el pecho abrasa.

(Breve pausa.)

Mas ántes de tornarse galan tierno,  
cumpla el ministro lo que honor le manda.  
Aquel desconocido, en quien recaen  
sospechas, que tal vez serán fundadas,  
preocupa mi razon; ¿cómplice acaso  
será de los que execran al monarca?  
Quisiera averiguar si es falsa ó cierta  
la acusacion que contra él se lanza.

### ESCENA VIII.

D. BELTRAN y ÁLVAREZ.

BENAV. Llegad, amigo, en buen hora  
y sin tregua contestadme.

¿Aún continúa ese mozo  
en rondar las vecindades  
del Alcázar, cuando cree  
que no le repara nadie?

ALVAR. Todos los dias, señor,  
á esta misma hora sale  
de aquellas breñas estériles..

BENAV. Mas qué causa?...

ALVAR. No se sabe.

Aunque sospecho que amor  
le impulse á paseos tales.

BENAV. Ah! ¿Conque está enamorado?

ALVAR. Casi la duda no cabe;  
y grande su amor será  
á juzgar por las señales.

BENAV. ¿Cuál es su morada?

ALVAR. Eso  
es un misterio insondable...

BENAV. ¿Y su nombre?

- ALVAR. Es imposible saberlo, que el tal amante jamás asiste á las fiestas, jamás á las justas sale, ni va nunca á los torneos, ni al pueblo llega un instante, ni en ventas y hostelerías pidió una vez hospedaje...
- BENAV. Á esa jóven á quien ama con astucia interrogaste?
- ALVAR. Sí; pero nada inquirí. Segun ella, lo que sabe es lo que todos sabemos. Nada más.
- BENAV. Está bien, Álvarez. Tan sólo encuentro un recurso que la oscuridad aclare; voy á esperar á ese jóven, y por más impenetrable que quiera ser, con astucia he de averiguar sus planes. Déjame sólo; encamínate al pueblo, y haz que no falten á la cita los villanos, para poder explicarles las distintas condiciones del feudo, pero no tardes.
- ALVAR. Humilde beso las manos de Vuecelencia. (Medio mútis.) Ah! Dejadme que os pregunte, ¿Quereis sólo hablar con ese jóven?
- BENAV. (Bajando la voz.) Álvarez, encarga á una compañía de ballesteros rëales, que en esa emboscada oculta á mis voces presta se halle. (Váse Álvarez.) ¡Los dos ahora! ¡Veremos quién triunfa en este combate!
- (Benavides se oculta detrás de un árbol.—Pocos instantes despues, sale Nuñez, observando con precaucion si está sólo.—Benavides al verle junto á él sale de su escondite y le habla.—Nuñez, por

un instante sorprendido, se repone en seguida.)

## ESCENA IX.

BENAVIDES y NUÑEZ.

- BENAV. Buen caballero cristiano  
ó moro, que vas en pos  
de esta senda, ojalá Dios  
te conduzca con su mano.
- NUÑEZ. De gratitud en alarde,  
ya seais cristiano ó no,  
á mi vez os digo yo:  
Él os proteja y os guarde.
- BENAV. Sin que os enoje ni asombre  
mi ya pertinaz porfía,  
quisiera, por vida mia,  
saber cuál es vuestro nombre!
- NUÑEZ. Caballero que indagar  
quiere con raro interés  
cuál el apellido es  
del que aquí le escucha hablar,  
sepa, si no lo barrunta  
al oír mi tono rudo,  
que basta con el saludo  
y está de más la pregunta.
- BENAV. (Dudo aún; pero, pardiez!  
yo le haré hablar mal su grado.)  
Ya nos hemos encontrado  
ántes de ahora otra vez.  
Y si mi mente no falla,  
en la ocasion á que aludo,  
nos hemos visto en el rudo  
combate de una batalla.
- NUÑEZ. Si tiene honor y es cristiano,  
que secunde no es mancilla  
con sus bríos á Castilla,  
el que nació castellano.
- BENAV. (Observando el efecto que producen sus palabras en  
Nuñez.)  
No todos piensan lo mismo.  
Muchos hay cuya traicion

hace torpe ostentacion  
de fingido patriotismo.  
Locos hay que en necio empeño,  
escudando su mancilla,  
quieren dejar á Castilla  
sin su legítimo dueño.

NUÑEZ. (Oh! qué escucho!) Como vos  
tambien deploro ese mal.

BENAV. (Se turba: buena señal;  
de lo cierto voy en pos.)  
Pero entre todos hay uno  
que es de traidores la guía,  
y cuya vil felonía  
no logra igualar ninguno.  
Hombre odioso y criminal  
que á su misma patria infama,  
ese ¡cobarde! se llama  
don Alfonso Carvajal!

NUÑEZ. (Fuera de sí.)  
Carvajal! Voto á mi honor!

BENAV. (Quién es no logra encubrir!)

NUÑEZ. Te has atrevido á decir  
que es Carvajal un traidor?  
La rabia en mis venas arde  
al oír tu voz menguada.  
¡Saca sin tregua la espada  
si acaso no eres cobarde!

(Con sarcasmo.)

¡Á reñir no te decides?

BENAV. ¿Pero ignoras, desgraciado,  
á quién tu enojo ha retado?  
Soy don Beltran Benavides.

NUÑEZ. Benavides!

BENAV. Por tu mal  
caíste en tus propias redes.  
Pruébame aún, si lo puedes,  
que no eres un Carvajal.

NUÑEZ. No te lo niego. Valiente  
lo afirmo, Beltran; yo soy  
de aquella raza, hoy por hoy,  
el único descendiente.  
Mírame atento á la faz

si es que á tanto te decides.  
Mira al hijo, Benavides,  
del que ni un punto capaz  
de ser á su patria falso,  
por una injusta sentencia  
sufrió la muerte en Valencia  
sobre un horrible cadalso.  
Fé inviolable me acompaña  
y en valor á nadie cedo;  
yo soy el duque de Olmedo,  
señor y grande de España;  
hoy de honores despojado  
por decreto infamatorio,  
y por destino expiatorio  
á desgracias condenado,  
hallo tal grandeza en mí  
que te amedrenta mi altura;  
y hablarte se me figura  
que es descender hasta tí!

(Con soberano desprecio.)

BENAV. (Con mucha calma.)

En vano funestas lides  
tu estéril ansia codicia;  
aquí sólo está el Justicia,  
en lugar de Benavides.  
Justicia que inexorable  
la culpa leyó en tu frente,  
y un justicia, si es prudente,  
no lucha con un culpable.

NUÑEZ. Es fuerza, traidor artero,  
que en mis intentos convengas;  
¡imposible es que detengas  
ese vergonzante acero!

Vamos, Benavides, pues;  
de tí el miedo desarraiga;  
luchemos hasta que caiga  
uno, del otro á los piés!

BENAV. ¿Cree tu candidez sencilla  
que estamos solos los dos?

¡No conoces, vive Dios,  
al justicia de Castilla!  
Guardias del monarca, á mí!

NUÑEZ. Oh! villano proceder!  
Me tienes en tu poder.  
Más valiente te creí.  
Pero no temo al castigo  
que tu vil traicion me guarde.  
¡Entrégame ya, cobarde,  
al hacha de mi enemigo!

(Salen los soldados, apoderándose de Nuñez, al que quitan la espada desnuda. Á una indicacion de Benavides sueltan los guardias á Nuñez volviéndole su espada.)

### ESCENA X.

DICHOS, SOLDADOS.

BENAV. (Oh! astucia, maña y falsía.)  
Responderá á tu insolencia,  
con un rasgo de clemencia  
mi acrisolada hidalguía.  
Don Alfonso Carvajal,  
de tu vida soy el dueño;  
y del justicia el empeño  
cumpliendo el decreto real,  
pudiera inmolarla; pero  
á mi honor has apelado  
y no en balde te ha escuchado  
un cumplido caballero.  
Tres dias para dejar  
los dominios castellanos  
y en territorios lejanos  
fuera de la ley estar,  
concederé á tu impericia  
y á tu carácter inquieto;  
éste es el alto decreto  
que dicta el primer justicia.  
Plazo que tu buena suerte  
supo lograr de la ley. (Músis.)  
(Mañana firmará el Rey  
la sentencia de su muerte!)  
(Con feroz alegría estos dos últimos versos. Los soldados se van con Benavides.)

## ESCENA XI.

NUÑEZ, solo.

¿Con mi patria dejar de aquí á tres dias,  
mi plácida pasion y mi venganza!  
¿Por qué me atormentais, furias impías,  
de mi pecho al llevaros la esperanza?  
¿Y no habré de vengarme? ¿El juramento  
realizar no podré, que en desagravio  
del honor de mi padre y mi tormento,  
con firme decision hizo mi labio?

(Observando por la derecha.)

Ah! se acerca feliz, bella y preciada  
la reina de mi amor, fiel á mi cita.  
Aunque ignora quién soy, enamorada  
se empeña en amenguar mi triste cuita;  
de nácar es su tez, blanca y sedosa,  
centellas son sus ojos, dulces, pías...  
Y pensar por mi mal ¡suerte horrorosa!  
que verla no podré más que tres dias!

## ESCENA XII.

NUÑEZ Y MARCELA, miran recelosamente á un lado y otro.

- NUÑEZ. Solos estamos los dos.  
MARC. Con la planta presurosa  
corrí de tu huella en pos,  
para decirte que Dios  
quiere al fin verme dichosa.  
Hoy mi hermano me asegura  
que le veré.
- NUÑEZ. Buena estrella!  
MARC. Buena! Aleguarte procura,  
que es más grande la ventura  
cuantos más gozan con ella.
- NUÑEZ. Marcela!  
MARC. Aquí le verás,  
y al punto le estimarás  
por su nobleza y valor.

- Yo le hablaré de tu amor,  
tú de mi amor le hablarás.
- NUÑEZ. No podré.
- MARC. Por qué razon!
- NUÑEZ. Mi destino, aunque te asombre  
tan singular excepcion,  
te entrega mi corazon,  
pero te niega mi nombre.
- MARC. No sé quién eres, ni sé  
tu alcurnia, mas te prevengo  
que aunqne todo lo ignoré,  
bástame sólo la fé  
que en tu juramento tengo.
- NUÑEZ. Marcela!
- MARC. Pero jamás  
tan triste hallé tu semblante!  
¿Vuelves los ojos atrás?  
¿El hallarme tan amante,  
te causa enojos quizás?
- NUÑEZ. Hay un hombre, amada mia,  
que me persigue do quiera;  
hombre cuya felonía  
de fijo nos perdería  
si descubriémos pudiera.
- MARC. En premio de mi pasion,  
el secreto que tortura  
tu cuitado corazon...  
me dirás: ¡á mi razon  
confia tu desventura!
- NUÑEZ. ¡Cuánto amor en su alma leo.  
Mas sin embargo, qué lucha!)  
(Aparece Álvarez seguido de varios soldados y aldeanos, y despues de hacer tocar un tambor, dice con vez solemne lo que marca el diálogo.)  
¡Dios santo! Qué es lo que veo!  
Ya que es tanto tu deseo,  
pronto lo sabrás. Escucha!
- ALVAR. (Leyendo.)  
«Por órden del Gran Justicia de Castilla, se  
hace saber al apellidado Nuñez, que si dentro  
de tres dias no ha cruzado las fronteras,  
será apresado y ejecutado inmediata-

- »mente, según orden del Rey.»
- MARC. Esa congoja terrible  
que no sospeché jamás,  
este misterio invisible  
explicame.
- NUÑEZ. ¡Es imposible!  
Tres días y lo sabrás.
- MARC. Oh! me llenas de pavor!
- NUÑEZ. Desecha el pueril temor,  
Marcela, y con sacro celo  
ruega por la vida al cielo  
del que vive por tu amor.
- MARC. Me juras que volverás?
- NUÑEZ. Palabra te doy cumplida;  
á tus plantas me tendrás,  
son ¡tres días! nada más.  
(Si es que conservo la vida!) (Vase.)

### ESCENA XIII.

MARCELA, sola.

- MARC. Algun peligro traidor  
le amenaza; ¡horrible suerte!  
Termina ¡oh Dios! mi dolor,  
devolviéndome á mi amor  
ó mandándome la muerte.

### ESCENA XIV.

MARCELA, PABLO, ALDEANOS, por distintas direcciones.

- MARC. Qué desventura esos rostros  
en su silencio denotan!
- PABLO. No hay esperanza que alivie  
las penas que nos agobian.
- UNA ALDEANA. Dice muy bien.
- PABLO. Oh! no hay duda  
que presenciar hoy nos toca  
un triste, un terrible cuadro,  
en medio de mil zozobras.
- MARC. Cómo? También nuestra villa...

PABLO. Ese padron de deshonra  
su cooperacion reclama.  
Pobres doncellas!

MARC. Me asombra  
que aún pague el pueblo español  
deuda tan ignominiosa!

### ESCENA XV.

DICHOS, ÁLVAREZ, seguido de soldados.

ALVAR. (Leyendo.)  
«Hoy debe efectuarse la entrega de las cien  
»doncellas concedidas por nuestro Rey al  
»poderoso Califa de Córdoba. Ordena, por lo  
»tanto, el Rey nuestro señor, que la donce-  
»lla que falta para completar el citado nú-  
»mero, sea escogida en el pueblo de Acuña.»  
(Tomando de manos de un soldado una cesta con  
infinidad de papeles doblados.)

Que la voluntad del Rey  
en todo se cumpla ahora.  
Que salga el nombre al instante  
de la que el Señor escoja.

(Saca un papel de la cesta.)  
MARC. Dios grande! ¡Ténme piedad!  
Mi triste voz no desoigas.

PABLO. Terrible instante!

ÁLVAR. (Leyendo.) Ah! Marcela!

TODOS. Marcela!

### ESCENA XVI.

DICHOS, ÚBEDA, que llega precipitadamente.

UBEDA. (Comprendiéndolo todo.) Suerte traidora!  
Mi hermana...

MARC. Sí, Úbeda amado,  
defiéndeme. (Desmayándose.)

UBEDA. (Sosteniéndola.) ¡Vergonzosa  
humillacion! Acercarse  
¿quién osará? Pobre rosa

que al soplo del deshonor  
perderá las níveas hojas.  
¿Quién se atreverá á arrancarla  
de mis brazos?

ALVAR. La congoja  
os nubla el juicio. ¡Soldados,  
llevadla!

UBEDA. ¡Que todos oigan!  
No os acerqueis, compañeros,  
no os acerqueis, pues si viola  
alguno mi voluntad,  
de su ardor víctima loca  
¡caerá á mis plantas bañado  
en un mar de sangre roja!  
(Sacando su espada.)

ALVAR. Ya el enviado se acerca  
del gran califa de Córdoba.

### ESCENA XVII.

DICHOS, HAMET-EL-ZEGRÍ, SÉQUITO DE MOROS.

UBEDA. (Reconociéndole.)  
Hamet-el-Zegrí; sí, es él  
del califa el enviado!  
(Ap. con inmensa alegría.)  
Á mi pecho lacerado  
vuelve la esperanza fiel!  
Noble káid, dí si olvidaste  
la batalla de Alcalá?  
¿No recordarías ya  
al campeón con quien lidiaste?

HAMET. En lid tan encarnizada  
no olvidaré que derecho  
tu acero hiriendo mi pecho  
dejó su huella estampada.  
Así en lid ó en guerra yo  
jamás tu memoria pierdo;  
porque tu eterno recuerdo  
con mi sangre se grabó.

UBEDA. Sólo mi existencia anhela  
una gracia, Hamet-Zegrí;

déjame guardar aquí  
hasta mañana á Marcela.  
Ante mi voz que te implora  
mi afán benigno decide. (Conmovido.)

¿Es un soldado, que pide,  
para una mujer, que llora!

HAMET. ¿Me jura tu fé cristiana  
rescatarla ó devolverla?

UBEDA. Si libre no logro hacerla  
la devolveré mañana.

(Tomando el estandarte moro que tiene uno de los  
del séquito de Hamet-el-Zegri.)

Ante esas llaves de oro  
que brillan como ningunas,  
y esmaltan las medias lunas  
de la bandera del moro.

(Tomando el pabellon español que tiene un soldado.)

Por esa torre que brilla  
ante esos nobles leones,  
que ostentan los pabellones  
de Aragon y de Castilla,  
lo juro.

HAMET. Mas...

UBEDA.

Duda fiera.

No te basta? No he jurado?  
¿Acaso miente el soldado  
debajo de su bandera?

HAMET. Te aguardaré desque el brillo  
del sol luzca en lontananza.

Adios. (Váse con los suyos.)

MARC. ¿Cuál es tu esperanza?  
UBEDA. Mi amor, el rey y este anillo!

(Saca un anillo del pecho. Despues de besar en la  
frente á Marcela, sale precipitadamente por la de-  
recha. Marcela trata de seguirle, los aldeanos la  
rodean impidiéndoselo. Cuadro. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Plaza del pueblo de Acuña. En segundo término, á la derecha, la casa de Marcela.

### ESCENA PRIMERA.

MARCELA sola saliendo de la cabaña.

Nuñez tal vez no sabrá  
las horribles penas mías!  
Volverá de aquí á tres días  
ó acaso no volverá!  
Ante mi rudo sufrir  
cualquiera esperanza es vana;  
para Córdoba mañana  
debo por fuerza salir!  
Honor, llora tus agravios;  
no faltan á mis enojos  
ni lágrimas en los ojos,  
ni suspiros en los labios!  
Imposible es que recobre  
mi paz; del mundo es la ley.  
;Altivo y rico es el rey!  
humilde mi hermano, y pobre!  
Nada hará el monarca, nada,  
por el fiel soldado oscuro  
que fué de su cuerpo muro

en la lid encarnizada!  
Trueca, Dios, mi horrible suerte,  
mi desventura en bonanza!  
¿No ves que sin esperanza  
la vida parece muerte?  
El aire da vida al ser,  
el sol da vida á la flor,  
al pez el agua. El honor  
da la vida á la mujer!  
Si le da la suerte dura  
vida, en la muerte, á mi honor,  
dame esa muerte, Señor,  
que es vida de mi honra pura!  
(Al ver á Benavides entra en la cabaña.)

## ESCENA II.

BENAVIDES y ÁLVAREZ.

BENAV. (Sombrio.) Alvarez, sí, ¡bien lo veo!  
mengua terrible y atroz  
mi crédito con el Rey  
en estos dias sufrió!  
Próxima está mi desgracia!

ÁLVAREZ. Calmaos; no ejerceris vos  
del monarca en el espíritu  
especial fascinacion?  
¿No guardais esa influencia  
que os procura su favor,  
ante la cual se desploma  
cualquier vil maquinacion?

BENAV. Si tan sólo en contra mia  
se alzára la débil voz  
de unos cuantos descontentos,  
fuera necio mi temor;  
pero existe una mujer  
que mi pérdida juró.

ÁLVAREZ. No sé...

BENAV. La de Trastamara,  
que un volcan de hirviente amor  
supo encender del monarca

en el jóven corazon;  
y que por desgracia mia  
mis obsequios desdeñó.  
Ya comprendes, fiel amigo,  
que en mi falsa posicion  
esto basta para hundirme  
en el abismo.

ALVAREZ. Señor,  
¿á qué por vanos indicios  
torturar vuestra razon?

BENAV. Álvarez, más de diez años  
van ya que ministro soy.  
Muchas horas he pasado  
estudiando el corazon  
de Fernando, y le conozco  
como al mio; pues bien, hoy  
he adivinado en sus ojos  
una audaz resolucion.  
Ántes que se oculte el dia  
estaré preso.

ALVAREZ. Señor,  
un grupo de alabarderos  
resuelto marcha hácia vos.

BENAV. ¡Son soldados!

ALVAREZ. Vuestro nombre  
pronuncian.

BENAV. No me engañó  
la mente; querrán que vaya  
por órden real á prision.  
(Si pudiera huir... es tarde!  
¡no me abandones, valor!)  
(Procura afectar serenidad.)

### ESCENA III.

DICHOS, ÚBEDA, SOLDADOS.

UN SOLD. Un prisionero importante  
os traemos.

BENAV. (Vive Dios,  
¡já mí un prisionero! Oh! dicha,  
luego el culpable no soy!)

Es su crimen?...

UBEDA.

Que atrevido  
con tenaz audacia osó  
en medio la cacería  
dirigir al Rey su voz.

BENAV.

(Con un celo exagerado  
lograré mi redencion!)  
(Á Úbeda.) Acércate á mí: ¿qué intento  
junto al Rey te encaminó?

UBEDA.

Hablarle, señor, quería...

BENAV.

Al Rey? Qué profanacion!

UBEDA.

Soy un soldado.

BENAV.

No importa.

UBEDA.

Qué? No importa? Dios de Dios,  
que la egida de ese trono,  
el leal pueblo español,  
que el dosel de su monarca  
con la sangre defendió,  
no alcance el triste derecho  
de hacerle escuchar su voz?  
Estas armas que orgulloso  
ostento do quiera voy,  
de órden suya se me dieron  
para defender en pos  
de mi lealtad ya probada  
de más de un dia de horror,  
cual vasallo, la corona,  
cual soldado, la nacion!  
Al Rey decir esperaba  
que en una jornada atroz,  
que de Peñafiel los muros  
aún recuerdan con pavor,  
por las armas que aquí llevo  
de la muerte se libró!  
Que allí le salvé la vida!

BENAV.

Tú! (Con asombro.)

UBEDA.

Yo mismo.

(Benavides hace retirar por medio de una señal á  
Álvarez y los Soldados; queda solo con Úbeda.)

ESCENA IV.

BENAVIDES y ÚBEDA.

BENAV.

Sin temor,  
habla ahora; que estoy pronto  
á apoyar tu peticion.  
Pero cuéntame tu hazaña.  
Nada me ocultes!...  
(Benavides revela una alegría extraña mal encubierta por su afan de aparecer indiferente; alegría que va en aumento con las revelaciones de Úbeda, como si tras ella descubriese su mente un proyecto salvador.)

ÚBEDA.

Sí, voy  
á decirlo todo. Cuando  
sepa el Rey mi narracion,  
treguas dará á la etiqueta  
que al soldado despreció.  
(En tono narrativo y con la armoniosa cadencia que reclama el metro.)  
Fué una noche: por la brecha  
despreciando el vil temor,  
entramos en la deshecha  
ciudad, que el moro no acecha  
seguro de su valor.  
El Rey, cabalgando ufano  
en noble corcel brioso,  
y tremolando el cristiano  
sacro pendon castellano,  
nos daba ejemplo animoso.  
De pronto á la luz incierta  
del relámpago, le ví  
sufrir desigual reyerta;  
y con la pupila abierta  
su casco reconocí.  
Hácia el peligro veloz  
vuelo, por si al Rey acorro,  
y á pesar del ruido atroz  
del combate, oigo su voz  
que demandaba socorro.  
No tan rápido el torrente

del monte al caer estalla,  
como mi paso vehemente  
se precipita impaciente  
á donde mi Rey batalla.  
Solo estaba: yo veía  
que el enemigo fatal  
en sus garras le envolvía...  
Bravo el Rey se defendía  
con su afilado puñal.  
Verle, y en ira bramando  
blandir el acero fiel,  
que en el sarraceno bando  
camino se fué labrando  
hasta llegar junto á él,  
obra fué que mi ventura  
hizo en más breve momento  
que el rayo que allí fulgura,  
trueca en luz la noche oscura  
que ennegrece el firmamento.  
Extraño acierto guiaba  
mi espada á la odiosa grey;  
fuego santo me animaba,  
y un musulman inmolaba  
á cada grito del Rey.  
Camino horrible fuí hallando  
su corazon defendiendo,  
sobre los muertos pasando  
que en mar de sangre nadando  
se iban juntos confundiendo.  
Sangrienta fué la porfia,  
más ruda cuanto más corta;  
y aunque hace poco decia  
con desden Vueseñoría  
que un soldado nada importa,  
yo libré al poder sagrado  
de tan sanguinaria saña...

(Transicion.)

¡Ved cómo á veces el hado  
hace que un pobre soldado  
salve á un monarca de España!

BENAY. Alta hazaña fué sin duda.

¿Pero nunca publicó

hasta este dia esa historia  
tu labio?

UBEDA. Nunca, señor.

BENAV. Y esa hazaña valerosa  
el Rey la recompensó?

UBEDA. Puso en mi dedo este anillo  
de inestimable valor;  
me dió la mano á besar  
y súbito se marchó.

BENAV. Por qué buscabas al Rey?

UBEDA. Necesito su favor;  
pues me amenaza un peligro.

BENAV. El Rey te conoce?

UBEDA. No.

Cubierto estaba de sangre  
mi rostro y ronca la voz.  
Hoy no me conocería.

BENAV. (Excelente es la ocasion.)  
Tu nombre?

UBEDA. Mi nombre es Úbeda.

BENAV. Eres un hombre de honor;  
eres soldado valiente  
que merece en mi opinion,  
gratitud y recompensa  
de Castilla en nombre.

UBEDA. (Observando hácia fuera.) Oh!  
El Rey!

BENAV. (Obligándole á retirarse.)  
Le hablaré al instante  
de tu justa peticion.

Dame el anillo y retírate.

UBEDA. Tomadlo. Tranquilo voy. (Le da el anillo.)  
(Váse por la izquierda.)

BENAV. (Es su anillo; de esta vez (Con inmenso júbilo.)  
aseguro mi favor.)

## ESCENA V.

BENAVIDES, el REY, D. CRISTÓBAL, D. MANUEL y  
CORTESANOS.

REY. Aquí don Beltran! (Sorprendido.)

- BENAV. Sí á fé.  
CRIST. (Recia tempestad barrunto.)  
REY. Retiraos, que es asunto  
muy privado. (Á los cortesanos.)  
BENAV. (Consigno mismo.) Ya lo sé.  
MANUEL. (Cómo sufre... Ved qué afan!  
(Murmurando.)  
Perdió el favor el valido.  
CRIST. No hableis hasta haber oido  
lo que diga don Beltran.)  
REY. (Á mi antiguo enojo espacio  
dar á mis anchas podré!)  
Don Beltran, ¿no os encargué  
que aguardáseis en palacio?  
Mas huélgome, porque advierto  
que vuestro celo en servirme...  
BENAV. Sé lo que vais á decirme. (Con mucha calma.)  
REY. Discurso amargo por cierto  
es; y pues vuestra experiencia  
llegó discreta á advertiros,  
voy llanamente á deciros  
lo que os oculté en Valencia.  
BENAV. Que en palacio se conspira  
contra mi privanza sè...  
REY. Adivino siempre! Á fé  
que vuestro talento admira.  
Por vos halla el soberano  
en vez del amor filial,  
débil respeto glacial  
en el pueblo castellano;  
y no es extraño, por Dios,  
que sumido en la pobreza  
maldiga de la riqueza  
que habeis adquirido vos.  
La nobleza descontenta  
se alza en armas contra mí;  
de todo el poder que os di  
á exigiros vengo cuenta!  
BENAV. (Con fingida mansedumbre.)  
Mate el respeto al agravio  
que revelarse codicia.  
Yo venero la injusticia

si viene de vuestro labio.  
Pronto estoy á obedeceros;  
y si morir es mi suerte,  
yo bendeciré mi muerte  
si ella consigue volveros  
la tranquilidad perdida,  
señor; y puesto que más  
no nos veremos quizás  
en esta efímera vida,  
permitid que os torne fiel  
un recuerdo, cuya historia  
llevará vuestra memoria  
el sitio de Peñafiel.

REY.

Peñafiel!

BENAV.

Es la verdad.

Este anillo... (Entregándoselo.)

REY.

Santo Dios!

¿Es cierto que fuisteis vos  
aquel que en la oscuridad  
de la noche?...

BENAV.

No os asombre;

veló por mi soberano,  
no el deber del cortesano,  
el celo del gentil-hombre!  
Si por tal hecho consigo  
la muerte, contento muero.

Ya las órdenes espero  
que decreten mi castigo.

REY.

(Conmovido.) Mis órdenes son que guardes  
tus insignias de justicia,  
pese á la torpe malicia  
de envidiosos y cobardes.

¡Mis órdenes son que olvides  
si en un instante ofuscado,  
separarte de su lado

quiso tu Rey, Benavides!

BENAV.

Ya el deshonor no me empaña  
y mi honor es lo que importa.

REY.

Es recompensa harto corta  
para tan sublime hazaña;  
pero la condesa espera  
y quiero calmar su afan...

Ántes reune, Beltran,  
á mi córte.

BENAV. (Quién creyera!)

REY. (Á los caballeros.)  
Acercáos, caballeros.  
Don Beltran de Benavides,  
el que en numerosas lides  
venció esforzados aceros,  
por la noble rectitud  
que en su conducta ha tenido,  
hoy del reino ha merecido  
tributos de gratitud.

CRIST. (Cada vez me asombro más.)

MANUEL. (Lo dije, si tiene un tacto!)

CRIST. (Benavides tiene pacto  
con el mismo Satanás!)  
(Vánse todos ménos Benavides.)

## ESCENA VI.

BENAVIDES solo.

Á mi vez saber quisiera  
cuántos son mis enemigos  
ocultos. Pero el soldado  
que me aguardará intranquilo...  
Cielos, él! (Nuevo percance.)

## ESCENA VII.

BENAVIDES y ÚBEDA.

ÚBEDA. Con impaciencia he venido  
á saber de vuestra plática  
el resultado propicio.

BENAV. Te dije que me aguardases,  
sin embargo, en el camino.

ÚBEDA. Culpad á mi incertidumbre  
si desobediente he sido.  
Visteis al Rey?

BENAV. Le expliqué  
vuestra noble accion.

ÚBEDA. Qué os dijo?

- BENAV. Se niega á todo.  
UBEDA. Se niega?  
Pero al mirar el anillo...  
BENAV. En sus manos lo dejé.  
UBEDA. Y ningun recuerdo le hizo  
evocar?  
BENAV. (Evadiéndose.) No sé: creyó  
recordarlo; pero ha dicho  
que há tanto tiempo ocurriera  
suceso tal, que el olvido  
borró casi en su memoria  
un recuerdo tan antiguo!  
UBEDA. Para hacer que lo recuerde  
pondré á sus ojos un libro;  
esta honrosa cicatriz  
de mi ardimiento testigo;  
no la olvidára á llevarla  
sobre su semblante altivo.  
BENAV. Pues tiene memoria el Rey.  
UBEDA. Inconstante. Yo lo afirmo.  
Brotó para las venganzas.  
Muere al premiar los servicios.  
BENAV. No trates, pues, otra vez,  
si evitar quieres conflictos,  
de dirigirte al monarca;  
tu audacia hallára castigo.  
UBEDA. ¡Una amenaza grosera  
por un favor recibido!  
Oh! qué extraña gratitud!  
BENAV. Recuerda cuanto te he dicho,  
si no quieres alcanzarla.  
UBEDA. Y mi accion?  
BENAV. Dála al olvido.  
(Es preciso que este hombre  
de Castilla salga hoy mismo.)  
(Váse Benavides.)

### ESCENA VIII.

UBEDA solo, dando rienda á su enojo.

Cobarde excusa irrisoria,

que no á mí, al monarca humilla!  
Fernando, el Rey de Castilla,  
ha perdido la memoria?  
Si no es un ardid villano  
para destruir la ley  
de la gratitud, el Rey,  
ni es militar, ni es cristiano!  
Qué promesa fué olvidada  
por un cristiano, como esta,  
hecha con la mano puesta  
sobre la cruz de la espada?  
Hizo aquél pacto sagrado,  
—sin mentir jurarlo puedo—  
no la gratitud, el miedo,  
y el que teme no es soldado. (Con desprecio.)  
Por primera vez, señor,  
—el pensarlo horror inspira,—  
ha brotado la mentira  
sobre el campo del honor! (Ligera prusa.)  
La nueva aurora al teñir  
de blanca luz la mañana  
verá partir á mi hermana!  
Y á dónde será el partir!  
Empeño estéril. No lo es.  
Nada mi empeño coárta.  
No quiero yo que ella parta  
al serrallo cordobés!  
El corazon que aquí late  
siempre fuerte y animoso  
yo lo daría gustoso  
por el precio del rescate.  
Vano es este frenesí,  
esta tortura sin nombre;  
mas dónde encontrar un hombre  
que el deseo acepte!

### ESCENA IX.

ÚBEDA, NUÑEZ, presentándose.

NUÑEZ.

Aquí!

- UBEDA. Quién eres?  
NUÑEZ. El hombre soy  
que en tu dolor invocabas;  
el deseo que indicabas  
dispuesto á aceptar estoy.  
Mil dineros hay aquí.  
(Los presenta en una bolsa.)  
Esto á tu hermana redime.
- UBEDA. Acepto la suma; dime  
lo que debo hacer por tí.  
Quieres mi existencia?
- NUÑEZ. No.
- UBEDA. Muerte me dará este acero.
- NUÑEZ. Al cinto lo vuelve. Quiero...  
que mates á un hombre.
- UBEDA. (Con hidalguía.) Yo?  
Noble ó plebeyo sin tino  
que tal quieres, á la cara  
mírame bien y repara  
si es mi rostro de asesino.
- NUÑEZ. Te he tomado por un hombre  
dispuesto por oro á todo.
- UBEDA. Méenos á cubrir de lodo  
la nobleza de mi nombre.  
Ántes que en ese mercado  
grosero mi honor sucumba,  
reposo hallará en la tumba  
la vergüenza del soldado!
- NUÑEZ. Cuando no bastan los bríos  
el bien las venganzas mercan.  
(Rumores dentro.)
- UBEDA. Esos hombres que se acercan  
son buenos amigos míos.  
Y al ver mi angustiado afan  
ellos, amigos sinceros,  
me darán esos dineros  
robándolos á su pan.  
Id con Dios vuestro camino,  
si su poder no os abruma;  
por desgracia con tal suma  
ya hallareis un asesino.  
No insistais. Idos de aquí,

no me pongais en el potro  
de hacer con vos, lo que en otro  
pensábais hacer por mí!

NUÑEZ. Adios, pues.

UBEDA. Adios, tu nombre  
desconocer no me pesa.

NUÑEZ. (Vive Dios, que me interesa  
volver á ver á este hombre!)

## ESCENA X.

UBEDA, un instante despues ALDEANOS y PABLO.

UBEDA. Hermanos, venid acá;  
sobre este angustiado pecho  
con noble amistad verted  
algun bálsamo benéfico.

PABLO. Tu infinita desventura,  
Úbeda, compadecemos.  
¡Ojalá que á nuestro alcance  
hallar, hermano, pudiéramos  
un lenitivo á tu pena;  
pero, ay! nuestro buen deseo  
se estrella roto en pedazos  
contra un imposible inmenso!

UBEDA. La compasion no me basta,  
la compasion no es consuelo.

PABLO. Qué han de hacer los campesinos  
desarmados?

UBEDA. No podemos  
lograr que en férrea muralla  
se conviertan nuestros pechos,  
para arrancar las cautivas  
á los brazos sarracenos?

PABLO. La exaltacion que te abrasa  
de tu juicio roba el peso;  
un estéril sacrificio  
que no lograrse tu objeto,  
aumentára tu afliccion  
en vez de encontrarla término.  
(Vánse todos los Aldeanos.)

ESCENA XI.

ÚBEDA, solo.

UBEDA. Se van. Ni intentan hacer  
que aquí la esperanza irradie!  
(Llevando la mano al corazón.)  
Es pobre el humano ser!  
Todos siguen al placer;  
á la desventura nadie! (Con pena.)  
Me dejan solo! Se engañan. (Transición.)  
Álguien mi quebranto auxilia;  
que en mis pesares se entrañan,  
estas lágrimas que empañan  
el honor de mi familia!  
Mi llanto es consolador,  
puesto que dice altanero:  
«No está sólo tu dolor;  
quien supo guardar su honor  
lleva siempre un compañero.»  
(Con gozo los dos primeros versos siguientes.)  
Destella entre mi quebranto  
un reflejo de alegría;  
cada gota de mi llanto  
es un juramento sauto  
de rescatar la honra mia!  
Hollando los desafueros  
pronto un honor se rescata  
si se fia á los aceros,  
(Con desesperacion.)  
mas juré dar mil dineros  
ante las torres de plata.  
Y no tengo ese tesoro,  
y no espero en mi nobleza  
lograrlo, y por eso lloro!  
¡La honradez no alcanza el oro,  
quien lo alcanza es la vileza!  
Por falta de esos ducados  
no hará el cielo que recobres  
tus timbres nunca manchados!  
De manera que los pobres

no podemos ser honrados!  
(Mirando al cielo con arrepentimiento.)  
Perdona; el dolor crüel  
va del sacrilegio en pos.  
No es posible; exacto y fiel  
hay del honor un nivel  
que á todos iguala: Dios!  
Es ella, Marcela!

## ESCENA XII.

ÚBEDA y MARCELA.

MARC. Hermano!  
UBEDA. (Con amargura.)  
Qué quieres? Dilo; mi acento  
sólo te anuncia vergüenza  
y deshonor.  
MARC. (Dios eterno!)  
Que fría calma en su voz;  
¿no habrá á mis penas remedio?)  
Úbeda, aparta un instante  
de tí ese pesar intenso.  
Aún nos resta una esperanza.  
Tú lo has dicho.  
UBEDA. ¡Hermana, es cierto!  
Pero Rey que ese he salvado  
en el más terrible encuentro,  
ese Rey que me ofrecía  
noble proteccion, en medio  
de los fieros musulmanes  
que á mi valor sucumbieron,  
hoy está sordo á mi voz,  
indiferente á mis ruegos!  
MARC. Entónces no hay esperanzas.  
Saldré mañana?  
UBEDA. Lo creo,  
á no ser que calculando  
tu próximo vilipendio,  
tu existencia arrebatasen  
vergüenza y dolor á un tiempo!  
MARC. Bendijéralos mil veces.

Sepulcro es harto benéfico  
aquel que al robar la vida  
respeto el honor al ménos.  
¡Hermano, rompe mis venas! (Arrodillándose.)  
Pon á mis angustias término!

De rodillas lo suplica  
la hermana que amaste un tiempo.

Tu nombre bendeciré  
desde mi reposo eterno,  
que al legarme muerte honrada  
me evitas oprobio y duelos.

UBEDA. (Crímen por crímen, el otro  
sin vacilacion prefiero.)  
Vete ya.

MARC. Al sonar las ánimas  
ir á buscarte prometo.  
Dispuesta entónces verás  
á tu hermana á ese tremendo  
sacrificio que el honor  
le exige con noble imperio.  
Más temblor habrá en tu mano  
que temblor en este pecho!  
(Váse Marcela.)

### ESCENA XIII.

ÚBEDA solo.

Desde la escena IX ha empezado á anocheecer. Relámpagos.

UBEDA. Ya la noche con lóbregos matices  
va extendiendo do quier su negro velo,  
y el horizonte de la luz poniente  
recibe apenas el postrer reflejo.  
Ya contemplan mis ojos vacilantes  
de su llanto al través, sentido y tierno,  
el instante fatal en que mi mano  
sepulte el hierro en mi cansado pecho.  
(Con terrible desesperacion.)  
Oh! ¿Nadie amparará mi desventura?  
¿Socorro nadie me dará benéfico?  
¿Sordos siempre estarán á mis dolores  
Dios, y el hombre, y el cielo, y el infierno?

ESCENA XIV.

ÚBEDA y NUÑEZ.

UBEDA. Otra vez por aquí? Cuando en mis penas del infierno al poder clama mi acento de nuevo te apareces? Dí, qué ansías? Revélame tus hórridos deseos! Qué anhela tu razon? Quieres la muerte de un hombre. No es verdad? Quieres, ajeno á compasion, mi deshonor infame? Un brazo y un puñal; bien te comprendo. La sangre por do quier; sangre en que puedas la voz ahogar de tu rencor eterno! Pero en cambio ¿una suma me prometes si te sirvo por fin?

NUÑEZ. Doy mil dineros!  
Pero más bajo hablad; quizás alguno adivinar pudiera mi secreto.

UBEDA. (Con amargura.)  
No nos escucha nadie; el que nos oye, el celestial testigo que tenemos, sabe en medio leer de las conciencias sin que engañarle puedan los acentos!

NUÑEZ. Aceptas de una vez?

UBEDA. (Vacilando.) Infame pacto!

NUÑEZ. Las horas son preciosas! Terminemos!

UBEDA. Hasta dónde me obligas, honor?

NUÑEZ. Quieres por la vida de un hombre este dinero?

UBEDA. Y ese hombre...

NUÑEZ. Es el rey Fernando Cuarto!

UBEDA. Oh! ¡Cielos, qué escuché!

NUÑEZ. Por Dios, silencio!

UBEDA. ¡Fernando nuestro Rey, nuestro monarca, de nuestras vidas absoluto dueño, tan alto á nuestros ojos, tan sagrado como el Dios que en el trono está del cielo! Y quieres que yo sea su asesino?

¡Nunca esperes de mí tal sacrilegio!

NUÑEZ. Rehusas?

(Óyense las ánimas á distancia.)

- UBEDA. Oh! las ánimas!  
(Mucha rapidez hasta el final del acto.)
- NUÑEZ. ¿Qué causa  
tu extraña agitacion?
- UBEDA. Toque funesto!  
Mañana al repetirse, mi vergüenza  
se llevará en mi hermana el sarraceno!  
¡Decidido ya estoy, que el Rey sucumba  
al triste móvil que guió mi acero!  
Monarca de Castilla, ¿no has querido  
á mi hermana salvar del vilipendio?  
Olvidaste la hazaña de un soldado  
cuyo brazo fué escudo de tu pecho?  
Pues ahora es de venganza! Juicios altos  
son de Dios, presto estoy.
- NUÑEZ. Escucha atento.  
Bajo el traje de rico gentil-hombre  
penetrarás en el salon espléndido,  
cubierto el rostro por tupida máscara  
que vele tus facciones...
- UBEDA. Te comprendo.
- NUÑEZ. Mañana aquí de la vertida sangre  
recibirás el convenido precio.
- UBEDA. Mañana volveré. Tú, pobre hermana,  
apreciarás los sacrificios hechos;  
¡mi vida entrego por salvar tu vida!  
¡Para salvar tu honor, mi honor entrego!  
(Váse Nuñez. Un relámpago. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

El teatro representa un jardín iluminado á giorno con faros venecianos. Al fondo la entrada del salón de baile. Durante las primeras escenas del acto y con intervalos convenientes, se oirá una música distante que se supone del baile. En los primeros términos, derecha é izquierda del actor, cenadores ocultos por las enramadas.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY, disfrazado, con máscara. DOÑA INÉS, idem, grupos disfrazados por el fondo. Toda la animación posible.

- REY. Esa hermosura tan codiciada  
que oculta el rostro tras el disfraz,  
ya no es un ángel, ya no es un hada,  
la que atesora tan bella faz;  
de Trastámara fué la condesa.
- INES. Con qué prolija, fiel atención  
sus vivos ojos, y no me pesa,  
clava en los míos aquel garzón.  
Es Benavides sin duda alguna;  
pero al abrigo del antifaz  
no me adivina por mi fortuna  
aunque se precia de perspicaz!
- REY. Mi noble dama!
- INES. Mi caballero!

- REY. Tu humilde esclavo dirás mejor,  
que no otro nombre lograr yo quiero  
desde que el alma te dió su amor.  
Dime tu nombre para adorarlo!
- INES. Amor tan fácil no espera fé;  
y en cuanto al nombre, debo callarlo  
porque es secreto.
- REY. (Me equivoqué!  
No es la condesa.)
- INES. Dime, y perdona  
si la pregunta te sabe mal.  
¿Ciñe tu frente quizás corona  
de gentilhombre baron feudal?
- REY. Vivo en altura más eminente;  
soy, bella mía, más que baron.
- INES. La cinta entónces lleva tu frente  
con doce perlas en su floron?
- REY. Soy más que conde.
- INES. Torpeza extrema!  
Pues que poseas, por fuerza es ley,  
de cien festones áurea diadema.  
Soy más que duque.
- REY. ¡Cielos! ¡El Rey!
- INES. (El Rey se descubre.)
- REY. Pues que vuestro afán no ignora  
mi nombre, sin enojaros,  
al que alienta para amaros  
el vuestro direis, señora?
- INES. Mi madre en templo cristiano  
el nombre de Inés me dió, (Se descubre.)  
y mi esposo me entregó  
el de Aranza con su mano. (Con dignidad.)
- REY. Esposa en virtud modelo  
sois del general mejor.
- INES. Soy una esposa, señor,  
que á Dios de mi mal apelo;  
esposa que halla en su afán  
harto injusto, harto inhumano,  
cuanto nuestro soberano  
ordenó á su capitán.  
De lucha y de sangre en pos  
á obligarle á partir.

- no le quiso permitir  
dar á su esposa un adiós!
- REY. Si el ser que le cautivára  
ser no fuese tan hermoso,  
yo á vuestro envidiable esposo  
esa fortuna acordára.  
Mas temía, doña Inés,  
que ofuscada su memoria,  
sus promesas y su gloria  
olvidára á vuestros piés;  
pues, señora, á mi pesar,  
confieso que á vuestro lado,  
quien os mire enamorado,  
¿qué no logrará olvidar?
- INES. (Con dignidad.)  
Empieza el Rey á olvidarse  
de quién es, y no repara  
que puede la Trastamara  
de lo que dijo enterarse.
- REY. Celos y loca ansiedad  
inspirárais en efecto,  
al modelo más perfecto  
de virtud y de beldad.  
(Aparece Benavides, ocultándose en uno de los  
cenadores y procurando oír el diálogo.)
- BENAV. (Qué dirá? En dudas me abismo.)
- INES. ¡Virgen santa, qué escuché!  
¿De mi es posible que esté  
enamorado el Rey mismo?) (Reponiéndose.)  
Señor, nuestros caballeros  
que en procurar imitar  
vuestro valor singular  
serán siempre los primeros,  
no sólo la bizarría  
de vuestro valor aclaman,  
tambien en la córte os llaman  
modelo de cortesía.
- REY. Aunque inmodesto interprete  
el elogio que escuché,  
como prueba os pediré  
que acepteis un ramillete.  
Tomad, doña Inés; os ruego,

de amor siguiendo la ley,  
que no desaireis al Rey.

(La da un ramillete que toma de una mesa.)

BENAV. (De enojo y rabia estoy ciego.)

REY. Esas son de mis jardines  
las flores más aromosas.  
Violetas, claveles, rosas,  
y verbenas y jazmines.

## ESCENA II.

DICHOS, BENAVIDES que ha salido de su escondite. Vánse reuniendo varios caballeros junto al Rey. Doña Inés vuelve á cubrirse con la máscara.

BENAV. Señor...

REY. Benavides. Qué?

BENAV. Justifique mis deberes  
si un punto con mi presencia  
os molesto. Los infieles  
que se acercan revestidos  
con el carácter solemne  
de embajadores, ya invaden  
vuestra cámara; pretenden  
con el Rey conferenciar  
sobre alto negocio urgente.

REY. Venid conmigo, señores,  
á recibirlos corteses,  
ya que no como aliados  
de Castilla, como debe  
tratarse á los que del Rey  
son emisarios y huéspedes.

(Ap. á Doña Inés.)

(Quedad con Dios, doña Inés.)

INES. (Él de su mano no os deje.)

## ESCENA III.

DOÑA INÉS y BENAVIDES.

BENAV. Saludo con gran respeto  
á doña Inés.

INES. (Oh! desdicha;

sin duda me ha conocido!)  
¡Don Beltran!

BENAV. Señora mía,  
á feliz casualidad  
de mi fortuna propicia...  
INES. (Oh! astucia, ven en mi ayuda!)  
Don Beltran, ¿cómo se explica  
que no honre vuestra presencia  
el salon?

BENAV. (Contrariado.) Hermosa, amiga,  
hablemos con seriedad  
sus sùtiles evasivas.  
El céfiro embalsamado,  
las aures suaves y tibias  
que en medio de éstos jardines  
el pecho libre respira,  
valen más en mi concepto,  
ingrata y bella enemiga,  
que el cálido ambiente insano  
que en los salones se aspira.  
Sentaos.

INES. (Con ironía.) Cumplir no puedo  
lo que ansioso solicita  
el ministro; que el respeto  
á ser descortés me obliga.

BENAV. Otra vez? Será posible  
que siempre con ironía  
contesteis á los deseos  
del que os ama y os admira?  
Mirada glacial!

INES. Señor,  
me permitireis que os diga  
que es pregunta singular,  
por no decir atrevida,  
la vuestra; siendo casada  
mal en escucharla haría.

BENAV. Doña Inés, es que yo os amo  
con toda el alma y la vida.

INES. Don Beltran, variad las frases,  
que siempre decís las mismas.  
Con repetir que me amais  
de noche como de dia, (En son de burla.)

- no más lograreis aburrirme.
- BENAV. Me oireis una vez propicia?  
(Doña Inés dice que no con la cabeza.)  
(Humillado.) Este hombre que veis aquí,  
de vuestros sarcasmos víctima,  
es del reino entero el hombre  
de mayor poder.
- INES. (Con sonrisa sarcástica.) Lo afirman;  
por eso también será  
más terrible su caída.
- BENAV. Sabrá, si obcecada ó necia  
tratais de encender sus iras,  
vengar de un modo terrible  
vuestra insultante osadía.
- INES. (Con altivez.) No más irónico acento,  
no más burlona sonrisa,  
porque ese alarde insolente  
otro mayor necesita.  
Don Beltran de Benavides,  
escuchad una noticia  
que es probable no sepais,  
pese á la astucia que os guía.  
Aunque esteis muy encumbrado  
otro más alto os domina.  
Y ese que os gobierna, es  
el monarca de Castilla!  
(Váse Doña Inés por la puerta del fondo, que se  
supone la entrada del baile.)

#### ESCENA IV.

BENAVIDES, solo.

Me amenaza con el Rey...  
y en efecto, no mentía.  
Hace un instante que á entrambos  
los sorprendió mi malicia.  
Ante mi vista el monarca  
con voz dulce y conmovida  
le rogaba que aceptase  
el ramillete que había  
destinado á la condesa.

¿Acaso en pasión henchida  
su alma se consumirá  
por doña Inés? ¿Cuál delira  
mi extraña imaginación...  
Imposible! Por mi dicha  
el Rey no puede quererla.  
¿Un capricho! Y no podría  
valerme de esta ocasión  
que tan risueño me incita?  
¿Si abusando con astucia  
de esa convicción tan íntima,  
de doña Inés, procurase  
sorprenderla? Así podría  
adivinar sus secretos,  
y condenarla cual víctima.  
Doña Inés, me prometisteis  
una inevitable ruina,  
y yo á mi vez os juré  
de mi venganza las iras.  
(Con sonrisa de triunfo.)  
Veremos cuál de los dos  
su ofrecimiento realiza!  
¿El Rey!

## ESCENA V.

BENAVIDES, el REY, sale del salón del baile.

- REY.                    Cuánto Benavides  
                          el veros me regocija.  
                          Quiero hablaros de un asunto.
- BENAV.                Señor, os escucho.
- REY.                    El día  
                          en que nos reconciliamos,  
                          os hice promesa sincera  
                          de reparar las ofensas  
                          que os causé veces distintas.
- BENAV.                (Hipócritamente.)  
                          Oh! Gran Rey, siempre mi alma  
                          os estará agradecida.
- REY.                    Entre los muchos recuerdos  
                          que en mi memoria se agitan,

hay uno que á mi conciencia  
con peso atroz martiriza.

Y ese candente recuerdo  
es el de aquella justicia  
que hicimos á Carvajal  
condenándole. Sabida  
fué despues cuánta inocencia  
en su corazon había.

Yo exigí del tribunal  
que le salvarsen la vida. (Con ironía.)

Negligencia involuntaria,  
distraccion, amantes cuitas,  
ú olvido, por parte vuestra,  
hicieron llegar tardía  
la sentencia salvadora

que autorizaba mi firma.  
Ejecutado aquel hombre  
la ley llamó á su familia;  
sólo un hijo del difunto  
ocupó puesto en las filas  
de los muchos acusados  
que aquel proceso envolvía.

Pues bien, ese mismo jóven  
esta plática motiva.

La condesa en su favor  
ha evocado mi justicia;  
y yo de firmar acabo  
la gracia que solicita.

BENAV. (Quiere perdonar el Rey  
al que insolente, há dos dias  
retára mi justa cólera,  
al que juré por mi vida  
perder en breve!) Señor,  
meditad con calma fria.

¿Encender quereis de nuevo  
nuestras luchas fraticidas?  
¿Quereis que el hijo agraviado  
invocando las cenizas  
de su padre, haga uacer  
de nuevo feudales miras?

REY. La noble solicitud  
que vuestro cariño guia,

- os hace ver mil peligros  
quizás do ménos existan.
- BENAV. Mañana vendré tambien  
á recoger otra firma  
si vuestro claro dictámen  
mi decision ratifica.
- REY. Qué órden es?
- BENAV. Es un decreto  
que condena á muerte indigna  
á un tal Nuñez, aquel hombre  
que como sombra maldita  
puso una noche en Valencia  
en peligro vuestra vida.
- REY. Le llevareis á una cárcel  
en tanto se determina  
la pena que ha de sufrir.
- BENAV. Sin embargo...
- REY. Ya está dicha  
mi voluntad. El derecho  
de arrancarlo á la cuchilla  
quiero reservarme.
- BENAV. Pero  
no sabeis cuánta perfidia  
atesora su razon  
que hácia vos odios fulmina.  
Ayer en medio de Acuña  
en mi contra profería  
los más terribles denuestos...
- REY. Para salvar vuestra vida  
pedís la suya. Muy bien.  
Yo procederé en justicia.
- BENAV. Firmareis, pues, el decreto  
de Nuñez?
- REY. Á la hora misma  
en que el perdon se proclame  
de Carvajal.
- BENAV. Me contrista  
ese rigor; pero veis,  
señor, que se necesita  
para salvar intereses  
de importancia conocida.  
(Que se salve Carvajal)

poco importarme podría,  
si ántes Nuñez habrá muerto  
de mi astucia con la intriga.

### ESCENA VI.

DICHOS, un PAJE, con copas y botellas en una bandeja.

REY. Qué quieres?  
PAJE. Buscaba al Rey  
la condesa.  
REY. (Qué delicia!)  
Iré á reunirme con ella!  
PEJE. Vuestra alteza no querría  
probar este vino?  
REY. Llena  
mi copa.  
PAJE. Miradla henchida.  
Permitireis que al ministro?...  
REY. Escancia ya.  
BENAV. (Por mi vida,  
libertad, nombre y honores,  
¿de qué á Carvajal valdrían,  
si la horca y la prision  
ántes con Nuñez terminan?)  
REY. De qué, don Beltran, hablais?  
BENAV. En mis adentros decía  
que nunca los verdes campos  
que el Guadiana fertiliza,  
produjeron otro néctar  
cual el que mis labios liban.

### ESCENA VII.

DICHOS, ÚBEDA, con el rostro cubierto.

ÚBEDA. (Vanamente la impaciencia  
de mis hirvientes rencores,  
ávida de hallar al Rey  
recorriera los salones.  
Pero ¡qué miro! El monarca.  
Por fin con piedad miróme

el cielo. No cabe duda,  
son sus altivas facciones.)  
REY. Paje, ofrece diligente  
de este licor en mi nombre  
una copa al caballero  
que allí permanece inmóvil.  
Quien quiera seais, villano  
ó hidalgo de mi córte,  
aunque alta alcurnia revela  
quien cerca de mí se pone,  
quiere el Rey que por su reino  
brindeis con él.

UBEDA. (Dios, acórreme!)

(Con amargura é intencion.)

Brindo, Rey, porque si un día  
de los alfanjes atroces  
salvase vuestra existencia  
un soldado oscuro y pobre,  
agradecido os mostreis  
á sus heróicas acciones.

REY. (Ap. á Benavides.)

(Habla por vos, Benavides.  
Sin duda alguna conoce  
vuestra inmensa abnegacion  
en aquella horrible noche. (Vánse ambos.)

## ESCENA VIII.

ÚBEDA solo.

Forzoso es que me convenza  
de mi triste nulidad!  
La risa de su bondad  
cuál me llena de vergüenza!  
Imposible es ya que venza  
mi pensamiento malvado;  
ante aquel pecho sagrado  
que su mal no sospechó,  
frio el hierro me dejó  
el brazo petrificado!

## ESCENA IX.

DICHO, D. CRISTÓBAL, D. MANUEL, CABALLEROS.

CRIST. No creí que por tal grey  
se faltára así al decoro.

(Con mucha ironía.)

¡Los enviados del moro  
en los festines del Rey!

UBEDA. ¡Crudo sarcasmo inhumano  
al orgullo nacional!

CRIST. ¡Que tolere escarnio tal  
Rey que llaman el cristiano!

Á costa de largo afán  
hemos ideado un medio  
que pondrá pronto remedio  
á tan odioso desmán.

El juego. No hay que asustarse,  
hará reñir en la puerta.

Ya habrá con una reyerta  
pretexto para matarse.

¡Quereis vos también, señor, (Á Úbeda.)

en nuestra partida entrar  
con la idea de curar

la herida de nuestro honor?

UBEDA. Merced y grande me haceis.

Cumpliremos como buenos.

Enviados sarracenos,  
os ruego que os acerqueis!

(Llamando á Hamet-Zegrí, y su séquito, que pa-  
sean por el fondo.)

## ESCENA X.

DICHOS, HAMET-ZEGRÍ, SARRACENOS.

UBEDA. Dejando la régia sala,  
venís á aspirar, señores,  
el perfume de las flores  
que en los jardines se exhala?  
Mejor que en estos andenes.

formados de mirto y rosas,

(Señalando al salón.)

allí hallaríais hermosas  
que llevar á los harenes.

Con veros aquí, magnates,  
grande merced recibimos,  
pero hallaros preferimos  
en medio de los combates.

HAMET. Qué osas decir? Vas en pos  
de una ruina que has labrado!

UBEDA. (Exaltándose.) Que es infame ese tratado  
sostengo á la faz de Dios!

Á nuestra noble hidalguía  
si tal feudo ha de aceptar,  
sabr  la historia acusar  
como débil algun día.

Llama el furor que en mí arde,  
como patricio y cristiano,  
al que lo impone, villano,  
al que lo acepta, cobarde!

No ha de ser, voto   los cielos,  
que al estudiar en la historia,  
nuestros nietos la memoria  
maldigan de sus abuelos!

Con certeras estocadas  
lavaremos tal mancilla.

No se templan en Castilla  
para el ocio las espadas!

Veamos, pues, noble infante,  
si los de tu raza impura,  
al robar una hermosura,  
saben recoger un guante. (Se lo arroja.)

HAMET. Solo tú puedes dudarle, (Recogi ndolo.)  
aunque debías saberlo.

Tardamos en recogerlo  
ménos que t  en arrojarlo.

UBEDA. Ri amos en buena ley.

HAMET. Ved que al monarca ultrajamos.

UBEDA. Combatamos.

HAMET. Combatamos.

(Empiezan   re ir los cristianos y los moros.)

ESCENA XI.

DICHOS, el REY, por la puerta del fondo.

REY. Deteneos. (Con voz terrible.)

TODOS. (Con espanto.) Oh! Es el Rey!

REY. (Avanzando lentamente hasta situarse en el centro.)

Mal comprendéis en verdad,

aunque la causa os abone,

los deberes que os impone

la noble hospitalidad!

Derecho dareis sobrado

al moro, para decir,

invitándole á reñir

en el recinto sagrado

que profanó vuestra espada

cuando atrevida brilló,

que aquí se le preparó

no un festín, una emboscada!

CRIST. Esa rencilla fué fruto,  
señor, de nuestra lealtad.

REY. Cuando mi real voluntad  
decrete que ese tributo  
no humille nuestro pavés  
ni el valor de nuestra tierra,  
sabré declarar la guerra  
al Califa Cordobés.

Razon hasta entónces no hallo  
para morir ó matar.

(Con mucha energia.)

Al Rey le toca mandar

y obedecer al vasallo!

HAMET. Lance fué que nos dió honor;  
con los más nobles guerreros  
de Castilla, los aceros  
hemos cruzado, señor.

REY. Noble es á fé la respuesta.

HAMET. Olvidad...

REY.

Todo lo olvido.

Vuestra salvacion ha sido. (Á los caballeros.)

Venid conmigo á la fiesta. (Á los moros.)

(Vánse todos, ménos Úbeda, con direccion á la puerta del baile.)

ESCENA XII.

ÚBEDA solo. Observando los pabellones en forma de trofeo que decoran la puerta.

UBEDA Dios santo! No es sueño! No.  
¡Esas triunfantes banderas  
en las moriscas fronteras  
mi mano las rescató.  
En el campo, en buen luchar  
reñí como buen cristiano!  
¡Deberá esta misma mano  
al monarca asesinar?  
No soy yo! Se mata él!  
Él mismo su muerte ha sido.  
¿No pagó con el olvido  
mis hechos de Peñafiel?  
Todo á matarle me incita...  
Mi hermana... esta soledad...

ESCENA XIII.

ÚBEDA y DOÑA INÉS.

INES. De la régia majestad  
debo acudir á la cita.  
(Queda junto al cenador de la derecha. En el de la  
izquierda está Úbeda.)

UBEDA. Muera asesinado. Sí.  
(Sale por el foro un personaje con un disfraz igual  
al del Rey.)

INES. (Mal mi respuesta recela!)

UBEDA. (Debo salvar á Marcela!)

INES. (Es el Rey!) (Viendo al personaje.)

UBEDA. (Lo veo allí.)  
Cuando en mi pesar eterno...  
Iba á escapar. Yo me abraso!  
Él mismo viene á mi paso!  
Hable por fin el infierno!

INES. Guardar mi honor será ley!  
Protégeme, Dios divino!

- UBEDA. Muere! (Hiriendo al personaje que viste un disfraz igual al del Rey.)
- INES. Jesus! Asesino!  
Socorro, favor al Rey!
- UBEDA. Muere en tu sangrienta charca.  
Que Dios tu agonía acorte!  
Ah! ya se acerca la córte! (Váse.)

#### ESCENA XIV.

DOÑA INÉS, CORTESANOS, UJIERES, PAGES, con antorchas.

- INES. Han muerto al Rey!
- TODOS. Al monarca?
- INES. Id del asesino en pos!  
Sufra el rigor de la ley!

#### ESCENA XV.

DICHOS y el REY con su disfraz, igual al del personaje que yace en tierra, por el fondo.

- REY. Otro desacato?
- TODOS. El Rey!
- INES. Bendito mil veces Dios! (Con alegría.)
- CRIST. Es Benavides! (Descubriendo el rostro al cadáver.)
- REY. Dios fuerte!  
Y así morir lo dejaste! (Sobre el cadáver.)  
Tú la vida me salvaste.  
Yo juro vengar tu muerte! (Sacando su espada.)  
(Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

---

---

## ACTO CUARTO.

---

El teatro representa el interior de la cabaña de Marcela. Muebles de la época. En primer término, un pequeño brasero encendido.

### ESCENA PRIMERA.

UBEDA y NUÑEZ, entrando ambos por la puerta del fondo.

UBEDA. Sólo sé que despues de leve pausa  
de sangre ví correr un manantial.  
Contemplé ante mis ojos un cadáver  
por mi daga enclavado.

NUÑEZ. ¡Acaba ya!

UBEDA. ¿Qué más debo deciros? Allí vive. (Al cielo.)  
Conseguí lo que ansiábais realizar.  
El pacto, por mi parte, está cumplido;  
que la vuestra cumplais falta no más.  
Mil dineros en oro me ofrecisteis.  
La promesa os reclamo.

NUÑEZ. (Entregándole un pequeño saco.) Llena está.  
Mil gracias otra vez, noble soldado;  
(Rumor fuera.)  
mas qué rumor escucho! Lo escuchais?  
Las dudas se levantan en mi espíritu!

- UBEDA. Es el pueblo sin duda que sabrá  
la muerte de su Rey, y que sediento  
de venganza, buscando va en su afán.  
(Gritos fuera de «viva el Rey.»)
- NUÑEZ. ¡Viva el Rey! ¿Has oído? ¡El Rey aún vive!  
(Asomándose al balcon.)  
Me robabas hipócrita y audaz.  
Fernando de Castilla no está muerto!
- UBEDA. Oh, qué dices? Mentira, mi puñal  
le dió segura muerte. Venga el oro.
- ALVAREZ. (Fuera.) En el nombre del Rey!
- UBEDA. (Abismado.) Dios de bondad!

## ESCENA II.

DICHOS, ÁLVAREZ, SOLDADOS, por la puerta del fondo.

- ALVAREZ. Úbeda, avisa á tu hermana  
que esté dispuesta á seguirme;  
los enviados del moro  
ya á tu casa se dirigen.
- UBEDA. ¡Trance fatal!
- NUÑEZ. Capitan,  
si no os molesta, decidme.  
¿No era el Rey quien há un instante  
cruzó la plaza?
- ALVAREZ. Le visteis?  
Era el mismo que marchaba  
á pedir á nuestra Virgen  
por el eterno descanso  
de don Beltran Benavides.
- NUÑEZ. Murió acaso don Beltran?
- ALVAREZ. Gracias á proyectos viles  
que há tiempo en medio las sombras  
concertaron su fin triste.  
Llevaba el ministro el traje  
del Rey, con objeto, dicen,  
de sorprender un secreto  
á dama de gran estirpe.  
Probablemente el culpable  
en su decision horrible,  
creyó matar al monarca.

al matar á Benavides.

UBEDA. (Ap.) ¡Era él!

ALVAREZ. Ya al asesino  
de cerca la pista siguen  
nuestros más fieles sabuesos,  
los mejores alguaciles.

NUÑEZ. ¡Y en quién recaen sospechas,  
digo, si puede decirse?

ALVAREZ. En uno que tuvo ayer  
la audacia... villano humilde,  
de medir su vil espada  
con la de Beltran.

NUÑEZ. (Le oiste?) (Bajo á Úbeda.)

ALVAREZ. El decreto en que condenan  
al bribon, de quien se dice  
que al ministro asesinó  
lo llevaba Benavides  
en el pecho.

NUÑEZ. (No es extraño.  
¡Complicaciones horribles!)

ALVAREZ. Además se ha recogido  
no hace mucho en los jardines  
el puñal que el asesino  
dejó caer.

UBEDA. (¡Santa Virgen!  
¡Mi puñal! Perdido estoy!)

ALVAREZ. ¿Usarcedes no conciben  
que en esto hay sobrada causa  
para comprobar el crimen?

UBEDA. Quién llega?

ALVAREZ. Es Hamet-Zegrí.

UBEDA. (Viene por su presa el tigre!)

### ESCENA III.

DICHOS, HAMET-EL-ZEGRÍ y séquito de sarracenos.

HAMET. Úbeda, cumplido el plazo  
tus juramentos invoco,  
á menos que nos entregues  
esos mil dineros de oro.

UBEDA. (Desesperado.) Marcela! hermana!

- NUÑEZ. (En el colmo del asombro.) Marcela!  
No vuelvo en mí del asombro.  
¿Conque es Marcela tu hermana!  
(Entregando el saco á Úbeda, que lo da á Hamet-Zegri.)  
Toma, á los piés de los moros  
arroja estos mil dineros  
que aseguran su reposo.  
No dejes, no, que Marcela,  
de su suerte por encono  
vaya al cordobés serrallo  
donde la aguarda el oprobio.
- UBEDA. (Á Nuñez.) Oh, gracias; tomad mi vida.  
(Al moro.) Ya estais pagado del todo.
- HAMET. Pagado el tributo está!  
Guárdeos Alá poderoso.  
(Vánse Hamet-Zegri y Álvarez.)

#### ESCENA IV.

ÚBEDA y NUÑEZ.

- UBEDA. De rodillas á tus piés,  
con gratitud yo me postro!  
(Trata de arrodillarse. Nuñez no lo consiente.)
- NUÑEZ. Levanta, amigo, del suelo;  
todo cuanto hice, sólo  
fué un impulso irresistible  
de mi pecho; el dulce gozo  
que por él experimento  
es mi recompensa.
- UBEDA. Ignoro  
quién eres, pero mi vida  
daría por tí gustoso.
- NUÑEZ. Gracias. No más un servicio  
de tu gratitud imploro.  
¿Vacilarás en servirme?
- UBEDA. De mi exactitud respondo.
- NUÑEZ. Nadie mi nombre conoce  
en Castilla; el misterioso  
de Nuñez oculta el mio,  
que en secreto eterno escondo;

pero de mi pecho encima  
los documentos preciosos  
guardo, que mi nacimiento  
revelar pudieran solos.  
En tus manos los confío;  
júrame que ese tesoro  
de los tuyas no saldrá  
en tanto que lo dispongo.  
Un dia vendrá tal vez  
en que te los pida todos;  
júrame, pues, hasta entónces  
guardarlos cual fiel depósito.  
Te lo juro!

UBEDA.

NUÑEZ.

Voy tranquilo.  
Á mi pesar te abandono.  
Parto ya, soldado noble;  
por mi causa á nadie expongo  
á que caiga junto á mi  
en un abismo sin fondo. (Con gran intencion.)  
(Nuñez va á salir.)

UBEDA.

Esperad unos instantes.  
En vuestra cuita os acorro.  
(Entra por la puerta de la derecha.)

## ESCENA V.

NUÑEZ y MARCELA, saliendo por la puerta de la izquierda.

NUÑEZ. Me da la fortuna miedo.  
El Rey estará inclemente.  
Yo parto.

MARC. Nuñez, detente!

NUÑEZ. No puedo. (Contrariado.)

MARC. Nuñez! (Con dolor vehemente)

NUÑEZ. No puedo.

MARC. Ten de mi dolor clemencia.

NUÑEZ. Déjame ya, desdichada!

MARC. (Herida en su dignidad.)

Qué es eso? Á la fé jurada  
reemplaza la indiferencia?  
Partes?

NUÑEZ. Sí. Pero mi amor...

MARC. Volveré. Tengo un proyecto.  
Yo no pido ya tu afecto.  
Lo que reclamo es mi honor.  
Tú lo robaste! Mi hermano!  
(Úbeda sale; y al ver á Marcela se detiene en la  
puerta escuchando.)

### ESCENA VI.

DICHOS, ÚBEDA, saliendo.

UBEDA. Qué escuché? Dios santo y fuerte!  
Por qué no me diste muerte  
ántes de abrirme este arcano?  
¡No por salvar un tesoro  
de honor su apoyo me daba!  
Si el vil infame entregaba  
esos mil dineros de oro,  
lo hacía ¡tortura nueva!  
y amargura singular!  
para poder conservar  
á su lado la manceba!  
Pienso que su mano auxilia  
la desgracia que está viendo...  
¡Y era que echaba un remiendo  
al honor de una familia!

NUÑEZ. Yo soy... Te lo explicaré.

UBEDA. (Con gran firmeza.) Eres, con accion villana  
el que deshonoró á mi hermana;  
eso es todo lo que sé.

Que no burlarás conmigo  
y que tu esposa la harás  
ó la vida perderás.

Eso es todo lo que digo.

NUÑEZ. Sabes siquiera quién soy?

UBEDA. No me fiaste un depósito?

Pues faltando á mi propósito  
de guardarlo, á verlo voy.

(Rompiendo el sello que ata el rollo y leyendo.)

«¡Don Alfonso Carvajal!  
»duque de Olmedo y Ocaña,  
»señor y grande de España!»

- (Deja caer los papeles en el cólmo de su asombro.)
- MARC. Oh! ¡revelacion fatal!  
Él tan alto y afamado,  
¿cómo entregará su amor  
á la hija de un labrador,  
á la hermana de un soldado!
- UBEDA. (Á Nuñez.) Por ilustre y soberana  
que vuestra alcurnia haya sido,  
vuestro nombre, decidido  
reclamo para mi hermana.  
Que no me deslumbra, os juro,  
vuestra grandeza altanera.  
De igual modo lo exigiera  
aunque fuese el más oscuro.  
(Óyese fuera la voz del pregonero.)
- MARC. Silencio, hermano. Una voz  
¿no escuchas?
- NUÑEZ. Á mi quebranto,  
cuál sus ecos dan espanto  
con su vibracion atroz!
- PREG. (Fuera.) «Gloria á Dios. Honor al Rey. Á to-  
»dos cuantos la presente entendieren, sa-  
»lud. Fernando cuarto, Rey de Castilla, ha-  
»ce saber á todos sus actuales y futuros va-  
»sallos que su clemencia real ha tenido á  
»bien adjudicar de nuevo sus bienes y titu-  
»los á don Alfonso Carvajal, cuyo padre fué  
»ejecutado por declararse en abierta rebe-  
»lion contra su legitimo soberano. Don Al-  
»fonso Carvajal volverá á recobrar los títu-  
»los de duque de Olmedo y de Ocaña y de  
»señor feudal de quinientas villas. ¡Gloria á  
»Dios y honor al Rey!»
- NUÑEZ. Manda la voz poderosa  
del Rey que libre me llame.  
Pues bien, yo no cedo á infame  
cobardía vergonzosa.  
Que hay hidalguía en nosotros  
al punto á probaros voy.  
(Recogiendo del suelo los papeles y arrojándolos  
en el brasero.)  
Quemo el secreto. Ya soy

- tan pobre como vosotros.
- UBEDA. Qué haceis?
- NUÑEZ. He nacido honrado.
- MARC. Accion noble y soberana! (Con alegría.)
- NUÑEZ. ¿Úbeda?
- UBEDA. Qué?
- NUÑEZ. De tu hermana  
pide la mano un soldado.
- UBEDA. Pero es verdad?
- NUÑEZ. Yo lo fio.  
Y el honor de mí va en pos.
- UBEDA. Oh! gracias!
- MARC. Bondad de Dios!  
Yo te venero, Dios mio!
- ALVAREZ. (Desde fuera tocando con violencia la puerta.)  
Que abrais al punto demandando  
la puerta á la autoridad.  
(Rapidez hasta el final de la escena.)
- MARC. Oh! ¡gran Dios! (Abren la puerta.)
- ALVAREZ. Abrid!
- MARC. Piedad!
- ALVAREZ. ¡En nombre del Rey Fernando!  
Sé que Nuñez, asesino  
de Benavides, aquí  
se encuentra.
- MARC. Qué es lo que oí!  
¡Nada á comprender atino!
- NUÑEZ. Yo soy.
- ALVAREZ. Pues bien, disponeos  
á seguirme al Tribunal.
- MARC. Suerte contraria y fatal.
- UBEDA. Un insatnte; deteneos! (Adelantándose.)  
El soldado que mató  
con pecho duro, inclemente  
al ministro prepotente,  
no es Nuñez, señor, soy yo.
- ALVAREZ. Tú.
- MARC. ¡Mi hermano! Es horroroso!
- UBEDA. Ved el cinto del puñal, (Enseñándole.)  
que tras el lance fatal  
cayó al suelo.
- MARC. Dios piadoso!
- ALVAREZ. En nombre del soberano

UBEDA. sé preso.  
Cumplo la ley.  
Y espero el fallo del Rey.  
Vida por honor, hermano.  
(Á Nuñez.) De su honor queda en abono  
tu nobleza singular.  
Ántes que todo al altar;  
despues á los piés del trono!

## ESCENA VII.

MARCELA y NUÑEZ.

Esta escena muy rápida.

MARC. Hermano! Ya no está aquí...  
(Queriendo correr tras Úbeda. Nuñez la detiene.)  
tal vez no le veré más!

NUÑEZ. Confía en mi amor, Marcela,  
á tus brazos volverá.

MARC. Por qué el cielo siempre impió  
me niega su caridad?  
Cuando del sol de la dicha  
ví el primer rayo fugaz,  
otra vez negra amargura  
empaña su claridad!

NUÑEZ. Calma tu cuita, amor mio,  
y á Dios ruega con afan  
por mí. (Queriendo salir.)

MARC. Nuñez, no me dejes.

NUÑEZ. Quiérame el cielo inspirar.  
Voy á salvarle! (Rumores fuera.)

MARC. Á salvarle?

NUÑEZ. (Asomándose al balcón.)  
El Rey! Divina bondad!

MARC. Con mis lágrimas fervientes  
sabré sus plantas regar  
para que salve á mi hermano,  
espejo fiel de lealtad!

NUÑEZ. Oh! Se acercan hácia aquí!

MARC. Vuelve, esperanza, á brillar!

NUÑEZ. Retírate!

- MARC. Retirarme!  
NUÑEZ. Tengo un proyecto.  
MARC. Sí, más...  
NUÑEZ. Retírate.  
MARC. Sin pedirle...  
NUÑEZ. En breve le rogarás,  
pero déjame un instante.  
MARC. En tí mi confianza está!  
(Entrando por la izquierda.)  
NUÑEZ. El Rey! Úbeda también!  
Me asesina la ansiedad!

### ESCENA VIII.

EL REY, ÚBEDA, D. CRISTÓBAL, D. MANUEL, GRANDES  
DEL REINO, CONSEJEROS, SOLDADO, ETC., por el fondo.

- REY. (Á Úbeda, que viene entre los soldados.)  
De manera que rehusas  
á mi córte confesar  
el motivo que te indujo  
á usar tan raro disfraz,  
para entrar en mi palacio  
y el delito perpetrar?  
Merece rudo castigo  
tan terca tenacidad!
- UBEDA. Es un sepulcro mi pecho.
- REY. (Mirando al cielo.)  
Por tu crimen morirás.  
Muy pronto podré vengarte!  
Descansa en paz, don Beltran!
- UBEDA. Es la pena merecida,  
culpa fué de su destino  
darle muerte. El asesino  
ha de pagar con la vida.
- NUÑEZ. (Bajo á Úbeda.)  
Es vano ese compromiso,  
quiero compartir tu suerte,  
consolarte, defenderte,  
acusarme si es preciso.
- UBEDA. (Conmovido y bajo á Nuñez.)  
(Deja que sólo la suerte

comparta de los infames.  
No te impido que derrames  
una lágrima en mi muerte.  
Júralo, y mi gratitud  
obtendrás cual débil prenda;  
haz que tranquilo descienda  
al fondo de mi ataud.)

NUÑEZ. (Aún me queda la esperanza  
que el alma no pierde nunca!)  
Gran señor!... (Dirigiéndose al Rey.)

REY. (Reconociéndole.) (Su mismo rostro!)

NUÑEZ. (Al mirarme se demuda!)  
De un crimen de alto interés  
este escrito es la denuncia.  
(Entregándolo al Rey.)

REY. Retiraos. (Á Nuñez.) Hablad al punto  
que los momentos apuran.  
(Á los soldados.) Vosotros cuidad del reo.  
(Los caballeros se reúnen en el fondo; los soldados  
se retiran con el preso junto á la puerta de la de-  
recha.)

NUÑEZ. (Después de recorrer con la vista el escrito.)  
(Dios dé á mi labio su ayuda.)

REY. Un negro plan este escrito,  
cuyo autor sereis, me anuncia.  
Pero la revelacion  
no es completa; por fortuna  
sólo un nombre es el que falta.

NUÑEZ. El nombre que en vano busca  
Su Majestad, pronto estoy  
á decirlo, más con una  
condicion.

REY. Sepamos cuál?

NUÑEZ. Es, señor, el perdon de Úbeda.

REY. ¡De Úbeda!

NUÑEZ. Si. No es culpable,  
otro brazo que se oculta  
fué quien el suyo guió  
en esa triste aventura.

REY. (Asombrado.) ¡Quién es el ser misterioso  
que el puñal comprado impulsa  
para vengar en su Rey

- desconocidas injurias?  
Nuñez. (Con intencion.)  
Hechos hay tan sanguinarios,  
señor, existen torturas,  
que ni el más alto monarca  
reparar consigue nunca!
- Rey. Silencio! ¡Tu voz acaba,  
al mostrar su pena suma,  
de revelarme quién eres!  
Desde la blanca llanura  
de la hermosa Andalucía,  
hasta las montañas húmedas  
que el cántabro contempló  
desde las Gálias á Astúrias,  
un hombre tan sólo existe,  
que de tanta desventura  
la triste víctima fuese,  
y ese hombre, de noble alcurnia,  
don Alfonso Carvajal  
se llama.
- Nuñez. (Sonriendo amargamente.)  
Verdad muy justa:  
cuán grabado en vuestra mente  
está el nombre que pronuncia  
vuestro labio!
- Rey. Ya comprendo  
por qué Carvajal me acusa,  
destilando en mí la hiel  
que por sus venas circula.  
¡Pero mirad!  
(Enseñándole un manuscrito que saca de su carcela.)
- Nuñez. Oh! ¡qué veo!  
Por fin la verdad desnuda.  
El perdon para mi padre  
firmado por vos!
- Rey. Escucha.  
Esta gracia la firmé  
tras la acusacion injusta,  
y si á tiempo no llegó  
fué de Benavides culpa.
- Nuñez. Adivinarlo debí!  
Mas la justicia profunda

del Rey de todos los reyes  
que se asienta en las alturas,  
vengó á mi padre infeliz  
dando al traidor muerte súbita!

(Arrodillándose)

Perdonadme, y perdonad  
al soldado, que en la lucha  
fué tan sólo el instrumento  
de ajena saña iracunda.

Perdonadle, y al juzgaros  
exclame la edad futura:

«Si para lidiar fué un César,  
para perdonar fué un Numa!»

REY. Yo no debo perdonarle;  
que la justicia se cumpla.

NUÑEZ. Vuelva el reo á mi presencia.  
(No hay esperanza ninguna.)

### ESCENA IX.

DICHOS, ÚBEDA, CORTESANOS, SOLDADOS, ETC., MARCELA,  
saliendo de su habitacion y arrojándose deshecha en llanto  
á las plantas del Rey.

MARC. Perdon, señor, yo os lo ruego.  
Señor, perdonadle.

REY. (Conmovido.) Nunca.

UBEDA. Al cielo rogad por mi, (Á Nuñez y Marcela.)  
no á la tierra. Pena justa  
es la impuesta. Resignaos.

NUÑEZ. Piedad, señor.  
(Vitores y aclamaciones fuera y música militar.)

REY. Esa música?

VOGES. (Fuera.)  
¡Viva el de Aranza, que viva!

REY. Qué gritería confusa?...

MARC. Don Amilcar. Suerte fausta.  
Voy sin treguas en su busca!  
(Sale precipitadamente por el fondo.)

NUÑEZ. Aun alienta mi esperanza!  
Ah! (Viendo á D. Cristóbal.)

## ESCENA X.

DICHOS y D. CRISTÓBAL.

REY. Qué mis súbditos fieles  
victorean?  
CRIST. Los laureles  
que ha conquistado el de Aranza!

## ESCENA XI.

DICHOS y D. AMILCAR DE ARANZA con su séquito,  
MARCELA.

REY. Dónde está?  
AMILCAR. (Arrodillándose ante el Rey.)  
Vedle postrado  
á esos piés.  
REY. Qué significa?  
AMILCAR. Quien al monarca suplica  
debe estar arrodillado.  
REY. Pedid á mi corazon  
cuanto gustéis. Yo me obligo...  
AMILCAR. La vida para un amigo.  
De ese soldado el perdón. (Señalando á Ubeda.)  
REY. Cometió una accion villana.  
De perdonarle no hay modo.  
AMILCAR. Todo lo he sabido, todo  
me lo ha contado su hermana.  
MARC. Por mí señor y por él. (De rodillas.)  
(Dios de mi suerte decida.)  
AMILCAR. Mirad que os salvó la vida  
una noche en Peñafiel!  
REY. En Peñafiel?  
AMILCAR. Es verdad.  
Vos le disteis un anillo  
que su corazon sencillo  
para más seguridad  
me confió. Hasta mi partida  
lo conservé en mi poder...  
REY. Y ese anillo? (Con indecible conmocion.)

- AMILCAR. Responder  
no puedo...
- MARC. De gozo henchida  
su alma toda, lo entregó  
al traidor ministro impío  
para que á su vez...
- REY. (Comprendiéndolo todo.) Dios mio!
- MARC. Os le diese...
- REY. (Con ira.) Me engañó!
- MARC. Esa joya presentaba  
para rescatar del moro...
- REY. Ah!
- MARC. Con mil dineros de oro...
- AMILCAR. Á Marcela que lloraba...
- REY. Benavides! Por do quiera  
la traicion impenetrable!...
- AMILCAR. Ya veis, señor, no es culpable.  
Libradle.
- REY. (Reflexionando.) Bien lo quisiera.
- AMILCAR. Todo conspira en su abono.
- UBEDA. Pero el reo sentenciado  
puede acogerse á sagrado.  
Sagrado sois. (Logrando desasirse de los soldados:  
y arrojándose á los piés del Rey, cuyas piernas  
abrazo)
- REY. (Levantándole.) Te perdono!
- UBEDA. Súbdito seré leal!
- REY. (Señalando á Nuñez.)  
Y ved al duque de Ocaña  
señor y grande de España,  
don Alfonso Carvajal! (Abraza á Nuñez.)  
(Óyese fuera ruido de atambores y añafiles.)
- UBEDA. Ya que el Rey su proteccion  
me presta, y yo juramento,  
será mi primer acento  
hacerle una peticion.  
(Llevando al Rey á la ventana y señalando hacia  
fuera.)  
Ved las jóvenes, oh rey,  
que con pálidos semblantes  
se adelantan vacilantes  
en triste y compacta grey.

Ved esos nobles ancianos  
que lloran su desventura,  
y en oracion sacra y pura  
elevan á Dios las manos.  
Ved su rudo padecer!  
Sentid sus penas prolijas!  
Se desprenden de unas hijas  
que no volverán á ver!  
Ved ahora esos turbantes,  
ved esos rostros siniestros  
que en los alcázares vuestros  
dejan huellas infamantes.

¿Consentirá la nacion  
de Pelayo y de García  
que humille una raza impia  
nuestro limpio pabellon?

REV.

Basta ya; la triste escena  
que están mirando mis ojos,  
de indignacion y de enojos  
del monarca el alma llena.

(Hablando hácia fuera por la ventana.)

Hamet-Zegrí, dí á tu gente  
que mi pueblo avergonzado  
rompe el infame tratado  
de tu califa impudente;

y entrega al morisco bando,  
en vez de las cien doncellas,  
nobles, hermosas y bellas  
el guante del rey Fernando!

(Se lo arroja por la ventana.)

UBEDA.

(Con voz terrible )

Y dile, si no te aterra,  
que quieren nuestros soldados,  
sangre, en lugar de tratados,  
y en vez de tributos, guerra!

(Los nobles sacan las espadas. Cuadro. Cae el  
telon.)

FIN DEL DRAMA.

## NOTA.

---

El distinguido Mtro. Sr. D. Tomás Breton, por una deferencia hija de la afectuosa amistad que profesa al autor de esta obra, compuso para la misma los distintos números de música que señalan las acotaciones.—El autor, honrado por tan fina atencion, se complace en consignar la gratitud que guarda al Sr. Breton; advirtiendo á las Empresas teatrales, que el editor del drama, Sr. Hidalgo, tiene á disposicion de las mismas, la partitura é instrumental de dicha música.



## OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON A. E. MÁDAN Y GARCÍA.

---

- ABNEGACION FILIAL (la)..... Comedia en tres actos y en verso.  
Á CHINA..... Zarzuela en tres actos y en prosa.  
AGRIPINA..... Drama trágico en un acto y en verso.  
AL QUE ESCUPE AL CIELO. . . . . Proverbio dramático en un acto y en verso  
(en colaboracion con D. José Mariano  
Vallejo).  
ANILLO DE FERNANDO IV (el). Drama histórico en cuatro actos y en verso  
ARTISTAS PARA LA HABANA... Zarzuela en un acto y en verso (en cola-  
boracion con D. Rafael María Liern.).  
ASDRÚBAL..... Tragedia en cinco actos y en verso.  
BERMUDO..... Drama heróico en tres actos y en verso.  
CALVARIO DE LA DESHONRA (el) Drama en tres actos y en verso.  
CAN-CAN (el)..... Zarzuela en un acto y en verso.  
CÁNCER MORAL (el)..... Comedia en tres actos y en verso.  
CÓMICOS EN CAMISA (los)..... Zarzuela en un acto y en verso.  
CUIDADO CON LOS ESTUDIANTES Zarzuela en un acto y en verso.  
DEBER Y AFECTO EN COÑ-  
TIENDA..... Drama en tres actos y en verso.  
DOS TORTURAS..... Drama en tres actos y en verso.  
ESCALA DEL CRÍMEN (la)..... Melodrama en tres actos y en prosa (en  
colaboracion con D. Rafael María Liern.).  
ESPOSA DE PUTIFAR (la)..... Zarzuela en un acto y en verso.  
ESTE COCHE SE VENDE..... Zarzuela en un acto y en verso.  
GALILEO..... Drama histórico en tres actos y en verso.  
GRAN SUPPLICIO (el)..... Zarzuela en dos actos y en verso.  
GENIO Y FIGURA HASTA LA SE-  
PULTURA..... Zarzuela en un acto y en verso.  
HIJA MÁRTIR (la)..... Drama histórico en tres actos y en verso.  
LUCHA DE LA CODICIA (la).... Drama en un acto y en verso.  
LLUEVEN HUÉSPEDES..... Zarzuela en un acto y en prosa.  
MAESTRE DE CALATRAVA (el). Drama histórico en cuatro actos y en ver-  
so (en colaboracion con D. Cipriano  
Sevillano).  
MATRIMONIOS AL VAPOR..... Comedia en dos actos y en verso (en co-  
laboracion con D. Rafael María Liern.)  
NOVIO, PADRE Y SUEGRO..... Zarzuela en dos actos y en verso.  
OLIENDO DONDE SE GUIA..... Zarzuela en un acto y en verso (en cola-  
boracion con D. Rafael María Liern.)

- PERCANCES DEL PERIODISMO... Comedia en un acto y en prosa.  
 PERCANCES MATRIMONIALES... Zarzuela en un acto y en verso.  
 PIEL DEL TIGRE (la)..... Comedia en cuatro actos y en verso.  
 PUÑAL DE LOS CELOS (el)... Drama en tres actos y en verso.  
 REDES DEL AMOR (las)..... Zarzuela en un acto y en verso.  
 RIVAL DE UN REY (el)..... Drama en dos actos y en verso.  
 ROBAR CON HONRA..... Drama en cuatro actos y en verso.  
 ROSA..... Zarzuela en tres actos y en verso.  
 SOCIALISTA (el)..... Comedia en un acto y en verso.  
 TALISMAN CONYUGAL (el)... Zarzuela en un acto y en verso.  
 UN CASO CRÍTICO..... Comedia en un acto y en verso.  
 UN SUEÑO..... Drama en cuatro actos y en verso.  
 UNA ROMERÍA AFORTUNADA... Comedia de costumbres cubanas en un ac-  
 to y en verso.  
 VENGANZA DEL HONOR (la)... Ensayo trágico en un acto y en verso.  
 VIAJE EN GLOBO..... Zarzuela en un acto y en verso.



## PUNTOS DE VENTA.

---

### MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Carmen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

### PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.